Arturo W. Pinero.

La segunda mujer

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Traducido y adaptado á la escena española

POR

ANTONIO GARRIDO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.

1906

LA SEGUNDA MUJER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO EN INGLÉS

POR

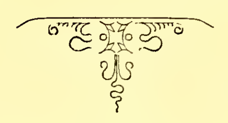
ARTURO W. PINERO

TRADUCIDO Y ADAPTADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

ANTONIO GARRIDO

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona
el día 15 de Junio de 1905, y representado
por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid
el 6 de Febrero de 1906.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Impresores de la Real Casa.
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20.

1906

REPARTO (1)

PERSONAJES		ACTORES
GUILLERMO TANQUERAY...	42 años.	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.).
CARLOS DRUM...............	40 »	» DÍAZ DE MENDOZA (M).
CAPITÁN ALBERTO ARDAL..	30 »	» CODINA.
EL DOCTOR	47 »	» CIRERA.
JAIME........................	49 »	» MEDRANO.
SIR JORGE....................	35 »	» SANTIAGO.
PAULA........................	28 »	SRA. GUERRERO.
ELENA........................	19 »	SRTA. SUÁREZ.
ALICIA........................	45 »	» CANCIO.
FLORA........................	26 »	SRA. SALVADOR.
UN CRIADO..................		SR. GIL.
OTRO		» CAYUELA.

La acción del acto primero en Londres. La de los tres actos restantes en una casa de campo de Inglaterra.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda las del actor.

(1) Consígnase aquí el reparto de la primera representación en Madrid debiendo, sin embargo, mencionar á la Srta. Bremón, á la señora Torres y al Sr. Palanca, que interpretaron en Barcelona los papeles de Elena, Flora y Carlos Drum, respectivamente, y que no figuran actualmente en la Compañía del Teatro Español.



ACTO PRIMERO

Cuarto de Guillermo Tanqueray, ricamente decorado y elegante y lujosamente amueblado. Á la derecha una gran puerta, que comunica con otra habitación. Á la izquierda, puerta pequeña, que da al dormitorio de Tanqueray. Una mesa en el centro con servicio para comer cuatro personas, las cuales han llegado ya á los postres y al café. Á la izquierda, en último término, una mesita con recado de escribir. Los muebles y toda clase de objetos son de gusto exquisito y refinado. Chimenea con fuego á la derecha, en primer término, y butacas grandes y cómodas á uno y otro lado.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, EL DOCTOR y JAIME

(Aparecen, al levantarse el telón, sentados á la mesa. Guillermo representa cuarenta y dos años, elegante hombre de mundo. El Doctor cuarenta y siete años, natural y grave. Jaime unos dos años más viejo.)

DOCTOR. ¡Triste es confesarlo, Guillermo! Hace la friolera de quince años que por primera vez comimos juntos. Nuestra amistad data de aquella ocasión ya remota.

JAIME. Verdad. ¡Lástima que Carlos no nos acompañe esta noche!

GUILLER. ¡Excelente amigo! Su silla, vacía, no ha cesado de preocuparme mientras hemos comido.

DOCTOR. Es extraño que no haya excusado su asistencia. ¿Estará enfermo?

GUILLER. Pasaré luego por su casa para enterarme.

DOCTOR. Y yo.

JAIME. Iremos los tres.

GUILLER. (Abriendo la caja de cigarros. Los otros dos fuman.) Tenía especialísimo interés en que Carlos

hubiera estado con nosotros esta noche. Vosotros dos y Carlos sois mis mejores amigos; deseaba que hoy comiéramos juntos. No podéis figuraros por qué razón.

DOCTOR. ¿Alguna razón especial?

JAIME. Evidentemente.

GUILLER. (Vacilando.) Si..... Yo..... (Mirando al reloj.) Carlos no viene ya. Es tarde.....

JAIME. Eso me parece.

GUILLER. Entonces me oiréis vosotros dos. Doctor, Jaime, esta es la última vez que nos encontraremos en esta casa.

JAIME. ¿La última vez?

DOCTOR. ¿Vas á dejar de vivir aquí?

GUILLER. Muy pronto. Me habéis oído hablar—¿no lo recordáis?—de una casa que hice construir en el campo hace algunos años.

DOCTOR. Sí, la quinta de.....

JAIME. De Surrey.

GUILLER. Precisamente; la quinta de Surrey. Cuando murió mi mujer abandoné aquellos lugares, y hoy creo que volveré á ellos.

DOCTOR. Me parece una locura.

JAIME. Y lo es.

DOCTOR. Renovar dolorosos recuerdos, en triste soledad.....

GUILLER. ¡Ah! Es que no me encontraré solo; y esto es lo que me proponía deciros..... Me caso.....

JAIME. ¿Que te casas?

DOCTOR. Que te.....

GUILLER. Sí, mañana.

JAIME. ¿Mañana?

DOCTOR. ¿Mañana dices? Pues yo..... por mi parte..... En fin...., te felicito.....

JAIME. Y yo....., claro....., naturalmente, también me alegro mucho.....

GUILLER. Gracias, gracias. (Momento difícil.)

JAIME. Exquisito cigarro.

DOCTOR. ¡Es superior este café!

GUILLER. (Con resolución.) Amigos míos, no disimuléis vuestra impresión. Juzgáis mal mi conducta. ¿No es verdad? Seamos francos. Pues bien: escuchadme y me compren-

deréis. Sabéis muy bien que un casamiento enfría generalmente las amistades. De cada diez casos en que un hombre contrae matrimonio, hay nueve en que, con su boda, más son los lazos que desata que los que forma.

JAIME. ¡Oh!

DOCTOR. Guillermo.

GUILLER. Sé lo que vais á decir. Será ésta una excepción; también yo lo espero. Entretanto, permitidme que afronte estos peligros. Mi casamiento no es uno de esos contratos comerciales que satisfacen á nuestra sociedad. Carlos es soltero, pero vosotros dos tenéis esposas. Ofrecedlas mis respetos cuando volváis á casa. No lo olvidéis. A vuestras mujeres no les agradará la persona con quien voy á casarme.

JAIME. ¿Cómo?

DOCTOR. No anticipemos juicios.

GUILLER. Al contrario. Anticipemos y completemos nuestros pensamientos para evitar que nuestra amistad sufra rudo golpe. Vamos á terminar esta noche un delicioso capítulo. Cuando mi mujer y yo regresemos del campo es posible que volvamos á encontrarnos todos juntos; pero si esto no sucede, amigos míos, reconozcamos sencillamente que *no puede ser*, y dejémonos de gestos hipócritas y no suframos y no nos hagamos los desdichados, Doctor, Jaime. (Estrechándoles las manos.) ¡Que todos seamos felices!

DOCTOR. Pero ¿no debemos preguntar nada? ¿Ni siquiera el nombre de la futura?

GUILLER. Perdonadme. Mi futura pertenece al próximo capítulo, y en éste no tiene más que un nombre: la señora de Guillermo Tanqueray.

JAIME. (Levantándose y brindando.) Entonces, Guillermo, Doctor, por el próximo capítulo. (Se levantan, chocan y beben.)

GUILLER. Ahora aguardadme un momento. Tengo que escribir unas cartas antes de irnos

por ahí á dar una vuelta, como despedida de este intermedio..... del *se continuará.*

DOCTOR. Aguardaremos cuanto quieras.

JAIME. No te des prisa.

(Guillermo se sienta á la mesa de despacho y escribe. Jaime queda en pie de espaldas á la chimenea. El Doctor se sienta en una de las butacas.)

JAIME. (Aparte al Doctor.) ¿Qué significa esto? ¿No será un rodeo para romper nuestras amistades?

DOCTOR. ¿No te chocó una de sus frases?

JAIME. Deja que recuerde.

DOCTOR. Dijo: «Este matrimonio no es de los propios para satisfacer á nuestra sociedad.»

JAIME. Verdad. ¿Qué querrá decir?

DOCTOR. Yo me temo que además de las causas naturales que apartan á los casados de sus amistades de soltería, tenga alguna especial para apresurar y encarecer este apresuramiento.

JAIME. Algún matrimonio desigual. Le habrá engatusado cualquier chicuela ambiciosa.

DOCTOR. Quizá una antigua amante.

JAIME. ¿Quién sabe? Yo estoy consternado.

DOCTOR. ¡Pobre Guillermo!

CRIADO. (Anunciando.) El Sr. Drum. (Mutis.)

ESCENA II

DICHOS y CARLOS, de unos cuarenta años. atildado. vivo, desenvuelto, afable, pero con un gran fondo de seriedad.

CARLOS. ¿Dónde está el anfitrión?

GUILLER. (Levantándose.) Carlos. (Saludos y abrazos.)

CARLOS. Ni una palabra hasta que oigáis mis explicaciones.

GUILLER. ¿Has comido?

CARLOS. Si, si, comer. A ello me disponía con vosotros. Que sí, hombre, que sí. A las ocho menos cuarto, ya estaba yo en los últimos perfiles de mi tocado, sobrándome, por tanto, diez minutos, cuando recibí un avi-

so urgente, urgentísimo, para que sin pérdida de tiempo fuera á casa de lady Orreyed; ya sabéis, la anciana Baronesa tan amiga de mi madre.

GUILLER. ¿Alguna desgracia?

CARLOS. No precipitemos los acontecimientos. La escena que presencié á mi llegada á la casa de la pobre señora, no podía ser más lamentable. La Baronesa sufría un accidente nervioso muy alarmante. Los criados corrían azorados de un lado para otro; el médico tardaba.

GUILLER. ¿Qué había ocurrido?

CARLOS. ¿Vosotros conocéis á Jorge Orreyed, el baroncito Jorge?

DOCTOR. Sí.

JAIME. Alguna vez le hablé.

CARLOS. Bueno; pues acabó.

GUILLER. ¿Ha muerto?

CARLOS. Peor; se ha casado con Flora.

DOCTOR. ¿Se ha casado?

CARLOS. Completamente. Esta misma mañana. Su pobre madre me enseñó la carta en que le da la fausta noticia, lacónicamente, en media docena de palabras; con bastante mala ortografía por cierto.

JAIME. Perdona mi ignorancia..... ¿Quién es *esa Flora?* Jamás oí su nombre.

CARLOS. ¿No? Pues Flora, hoy la señora Baronesa de Orreyed, es una señora, digámoslo así, recién acuñada; pero con exceso de aleación. Antes era, según unos, una artista, según otros, una..... industrial. De todos modos, realiza el tipo de una clase imperecedera. Distinguida, elegante, aristocrática exteriormente, no tiene conciencia de lo vicioso de su vida. Su cutis blanquísimo transparenta sus venas azules, pero si le sacáis una gota de sangre, veréis que es vino peleón. Una mujer que, según queramos hablar, con mayor ó menor suavidad, diremos que no es de nadie ó que es de todo el mundo. ¿Qué tal el retrato?

DOCTOR. Inimitable.

JAIME. De cuerpo entero.

GUILLER. (Á Carlos.) Observa que ninguno de nosotros, ni tú, sabe nada positivo respecto á esa señora.

CARLOS. ¡Bien por Don Quijote?

GUILLER. Bueno; permitidme que acabe esas cartas. (Vuelve á la mesa de antes.)

DOCTOR. ¡Pobre Jorge!

JAIME. Se hundió por una temporada.

CARLOS. ¿Por una temporada? Definitivamente. (Guillermo escribe y escucha con disimulo.) Para la sociedad es ya el difunto Jorge. ¡Dios le haya perdonado!

JAIME. ¡Psch! Acaso con el tiempo resuciten él y su mujer.

CARLOS. No lo creas, Jaime; se sale á flote de otra clase de chapuzones, no de los que se dan en lo que yo llamaría el *mar muerto* social.

DOCTOR. Tal vez tengas razón.

CARLOS. Y tanta. No en balde me he pasado yo años en espera á las orillas de ese mar peligroso.

JAIME. ¿En espera de qué?

CARLOS. De que salieran algunos de mis mejores amigos que en él habían caído; naturalmente, de cabeza. (Guillermo recoge sus papeles lanzando una exclamación de impaciencia, y se levanta.) ¿Qué?

GUILLER. Nada. Voy ahí dentro á acabar estas cartas, si me excusáis que os deje unos minutos. Dad á Carlos la noticia. (Mutis.)

ESCENA III

DICHOS, menos GUILLERMO

DOCTOR. Carlos.

JAIME. Escucha.

CARLOS. (Cogiendo un tabaco.) Permitidme; ya que no comamos, fumemos.

DOCTOR. Hoy las bodas están en la atmósfera.

CARLOS. Pues si crees eso tú, Doctor, ¿qué haces que no persigues el microbio y lo aniquilas?

JAIME. Quiere decir entre nuestros amigos.

CARLOS. ¡Ya! Hablas de la boda de Eduardo y Catalina, lo sabía; pero no se casan hasta la primavera; es la estación más indicada.

JAIME. No ésa, sino otra que más nos interesa, se verifica mañana.

CARLOS. ¿Cuál?

JAIME. La de Guillermo.

CARLOS. ¿La de *este* Guillermo?

DOCTOR. La de este Guillermo.

CARLOS. ¡Qué escopetazo! Y ¿contra quién?

DOCTOR. Hasta ahora no lo sabemos; se lo ha callado.

JAIME. Sí; nos convidó á comer para comunicárnoslo. Nos ha expuesto su teoría de que el matrimonio es enemigo de la amistad, y, en consecuencia, nos ha llamado para expresarnos su deseo de que nos vaya bien.

DOCTOR. No; eso no.

JAIME. Hablando en plata no ha sido más que eso.

CARLOS. Y esas ideas que os ha expuesto, ¿se refieren al matrimonio en general, ó á *este* matrimonio?

DOCTOR. He ahí el problema.

JAIME. ¿Qué dices de esto?

CARLOS. ¡Buen tabaco! (Saboreando el cigarro y echando bocanadas de humo.) ¿De modo que deja envuelta á su futura en el misterio?

DOCTOR. Con la mayor modestia.

CARLOS. Guillermo no es ya ningún muchacho.

JAIME. Cuarenta y dos. La edad crítica.

DOCTOR. La edad difícil. Mucho será que con esas segundas nupcias no cometa el segundo disparate.

JAIME. ¿Sabías tú que en su primer matrimonio no fué dichoso?

CARLOS. Desgraciadísimo. Se casó con Enriqueta hará unos veinte años, poco más ó menos; tenía ella diez y ocho; era una preciosa

muchacha, muy devota, muy rígida, una de esas mujeres suaves y frías que parecen fabricadas de mármol blanco el cuerpo, de terciopelo negro el alma. Recuerdo la penosa impresión que me producía siempre; era una mujer—tal vez la única—que me excitaba los nervios.

DOCTOR. ¡Hombre!

CARLOS. Según decía él, comenzó á cortejarla por entretenimiento; pero no tardó en interesarse locamente, aun cuando me atrevería á jurar que ella no le correspondió nunca con igual pasión. Era de hielo. Nosotros, los muchachos, la llamábamos la garrafa. Se casó con ella y se la llevó fuera de Londres, á una quinta en pleno campo. Regresaron al cabo de una temporada, y entonces vi cuán lamentablemente se había equivocado en sus cálculos el pobre Guillermo.

JAIME. ¡Cómo!

CARLOS. Esperaba, sin duda, deshelarla al calor de su amoroso fuego. Ya me lo figuro en su nido campestre, cerrando puertas y ventanas y soplando la lumbre para que la estatua se derritiese. Andando el tiempo tuvieron una niña.

JAIME Y eso ¿no suavizó la situación?

CARLOS. Ni poco ni mucho, antes al contrario; amargada ella por su fracaso en la empresa de convertir á su marido al catolicismo, decidió aplicar á su hija un régimen de dura severidad. Durante algún tiempo resistió, pero al fin fué arrollado y la pobre niña enviada á un colegio de Irlanda. Poco después murió la madre consumida de violenta fiebre, único calor que caldeó el cuerpo de aquella incomprensible mujer.

JAIME. ¿Y la niña vive?

CARLOS. Vive, si llamáis vida á la suya. Elena está en un convento de Loreto. Dice que su vocación la llama al claustro, y profesará dentro de uno ó dos meses.

DOCTOR. Guillermo debió sacar á su hija del convento al quedarse viudo.

CARLOS. Y la hubiera sacado, si, reconciliados los esposos, no le arrancara Enriqueta, en sus últimos momentos, la promesa de dejar á la niña en el convento hasta que terminara por completo su educación. Guillermo vió que para ganar la confianza y el afecto de su hija era ya tarde; había encarnado en ella el espíritu de la madre. ¿Recordáis el viaje que á Irlanda hizo nuestro amigo el mes pasado? Fué á despedirse de Elena. Al regresar me llamó. Aun le quedaba alguna esperanza de que su hija desistiese. Le vi en esta misma habitación, profundamente impresionado, atravesando una tremenda crisis. Con honda y desgarradora tristeza repetía estas palabras: «¡Solo! ¡Solo!» ¡Cómo movía á compasión el pobre!

ESCENA IV

DICHOS y GUILLERMO

GUILLER. Os pido mil perdones; soy vuestro.

CARLOS. (Jovial.) De ti hablábamos.

GUILLER. Y qué, ¿te has sorprendido?

CARLOS. Veinte años hace ya que nada me sorprende.

GUILLER. ¿No estás incomodado?

CARLOS. ¿Por qué reservas el nombre de una dama á quien, por lo mismo, tengo ahora más interés en conocer? (Pausa corta.)

DOCTOR. Guillermo, ya tienes compañía.

JAIME. Sí, yo también me marcho.

GUILLER. ¿Os vais ya?

JAIME. Es tarde.

DOCTOR. Algunas visitas extraordinarias.....

GUILLER. ¡Cómo ha de ser! Ya os escribiré. No os olvidéis de ofrecer mis respetos á vuestras mujeres.

DOCTOR. Sí, sí.

JAIME. Ya, ya.

(Abrazos silenciosos, como queriendo hablar sin saber qué decir. Guillermo los acompaña hasta la puerta y vuelve. Carlos y él quedan mirándose, sin que ninguno se determine á romper á hablar.)

ESCENA V

GUILLERMO y CARLOS

CARLOS. ¿Por qué no hablas?

GUILLER. Tienes razón; diríase que estoy..... así..... como turbado en tu presencia. ¡Qué niñería! Y tú, ¿por qué no hablas?

CARLOS. También tú tienes razón. Allá va. ¿Estamos en el caso de un hombre que quiere casarse en las tinieblas?

GUILLER. Algo hay de eso.

CARLOS. Entonces es posible que yo hiciera lo mismo. Si intentara casarme con una señora no muy.....—¿cómo diría yo?—no muy..... *visible* en sociedad.

GUILLER. Sigue.

CARLOS. No la ofrecería á mis amigos á los postres de una comida para que la disecaran entre el cigarro y el café. De hallarme en tu situación es muy probable que no creyera conveniente hablar de tal asunto sino con una sola persona.

GUILLER. ¿Con quién?

CARLOS. Conmigo mismo, en primer término; después, conmigo mismo.

GUILLER. Estás muy sombrío.

CARLOS. Te recuerdo que no he comido, y con el estómago vacío todo se ve negro.

GUILLER. Hay determinaciones que sólo el tiempo justifica.

CARLOS. Abur. (Hace ademán de irse y Guillermo le detiene.)

GUILLER. Carlos, no juguemos con nuestra buena y antigua amistad. Ven aquí. Para ti no hay secreto. Mi futura esposa es la señora generalmente conocida por Paula Jarman. (Silencio.)

CARLOS. (Recordando.) ¿Paula Jarman?

GUILLER. Te he hecho esta confesión para que hables con libertad. ¿La conoces?

CARLOS. La conocí....., importa poco dónde.

GUILLER. Todo importa. Prosigue.

CARLOS. En Hamburgo. Ya hará tres años. Entonces se llamaba Victoria Dartry.

GUILLER. Eso es. Ella dice que también te ha visto en Londres.

CARLOS. Cierto.

GUILLER. Continúa.

CARLOS. ¿Lo deseas de veras? (Como quien piensa: «Tú te lo quieres.») El año pasado acostumbrábamos á cenar varios amigos en casa de Ricardo. Una noche.....

GUILLER. Os sorprendió ver que una señora ayudaba á tu amigo á hacer los honores. Y esa señora era Victoria Dartry. ¿No? Y de cierta expedición en *yatch* por el Mediterráneo, ¿no se ha contado nada?

CARLOS. En el *yatch* del difunto Jarman.

GUILLER. También la Sra. Dartry hacía los honores, ¿no es así?

CARLOS. Así es.

GUILLER. No he querido excusarte esta molestia para que veas que no se trata aquí de un hombre ciego que se deja atrapar en las redes de una aventurera. Ahora agregaré que la viuda de Jarman, que Victoria Dartry, no tienen derecho á llevar tales nombres. La persona que indebidamente ha hecho uso de ellos es Paula Ray.

CARLOS. (Tras una pausa.) Guillermo, perdona mi inadvertencia. Cuando hablé de la boda de Jorge no sabía.....

GUILLER. ¿Vas á comparar á Flora con Paula? Claro, para ti, para muchos....., todas las mujeres que se atreven á sobrevivir á sus caídas, gracias á la filosofía que nos toman prestada, son iguales. Tú no ves en el montón sino un solo tipo, un patrón único. Tú, no admites matices, ni vislumbres de bondad, de inteligencia, de nobleza, sí, de nobleza. Y ¿cómo habías de verlo? Tu opi-

nión es la opinión. Tú eres todo el mundo.

CARLOS. En el mundo vivimos, querido Guillermo.

GUILLER. Sí; en el que acaba donde llegan los límites de nuestra aristocrática sociedad. Ese todo el mundo apenas es un barrio.

CARLOS. ¿Y estás dispuesto á prescindir de la estimación del barrio?

GUILLER. Me traslado al campo. Todo se reduce á no usar botas charoladas y á echarles doble suela.

CARLOS. ¿Y también al pellejo piensas echarle doble forro?

GUILLER. Sé lo que hago y lo hago á conciencia, desafiando la opinión ajena. Estoy solo en el mundo, y á nadie perjudica el paso que voy á dar. Ya, ya supongo que no juzgarás con compasión, ni con imparcialidad siquiera, á la mujer á que voy arrastrado.

CARLOS. Paula es encantadora; pero te confieso que la aventura me parece demasiado caballeresca.

GUILLER. Paula no ha tropezado nunca con un hombre que la trate bien, y yo pienso ser el primero. Pienso probar cómo se funda una vida honrada y dichosa sobre cualquiera clase de cimientos.

CARLOS. (Dándole la mano.) Yo que lo vea.

ESCENA VI

LICHCS y UN CRIADO, que entra cerrando la puerta cuidadosamente.

CRIADO. Con permiso. (Vacilante, en voz baja.) ¿Puedo hablar al señor? Está ahí la Sra. Jarman.

GUILLER. (Bajo.) ¡Paula! ¿Ahí? Querrás decir abajo, en el carruaje.....

CRIADO. No, señor. Ahí, en vuestro...., en ese cuarto.

GUILLER. (Entre dientes, muy contrariado.) Bien, bien. (Mutis el criado.)

CARLOS. ¡Uf! ¡Las once!

GUILLER. ¿Te vas ya?

CARLOS. Sí, me voy á..... ¿á qué? ¡Ah! ¡Ya! A comer; se me había olvidado. (Abrazándole.) Y acuérdate de que yo me complazco en los desenlaces felices de la comedia humana. ¿Me has entendido? Aprieta. Hasta la vista. (Yéndose.) ¿Sainete ó tragedia? Dios sobre todo. (Mutis.)

CRIADO. (Entrando con cartas que deja sobre la mesa de escribir.) El correo de las nueve, que aun no ha abierto el señor.

GUILLER. Deja.....

CRIADO. (Vacilando.) El cocinero y el muchacho se han ido. ¿El señor quiere que me acueste?

GUILLER. (Muy molesto.) De ningún modo. Vete y espera.

CRIADO. Bien, señor. (Vase.)

GUILLER. (Abriendo la puerta.) ¡Paula!

ESCENA VII

GUILLERMO y PAULA, de veintiocho años, hermosa, fresca, ingenua, admirablemente vestida, con traje escotado de baile ó *soirée*, y un magnífico abrigo,

PAULA. ¡Guillermo! (Abrazándole.)

GUILLER. ¿Por qué has venido?

PAULA. ¿Te incomodas?

GUILLER. (Con vacilación.) Son ya las once.

PAULA. (Riéndose.) Ya lo sé.

GUILLER. ¿Qué pensará ese estúpido?

PAULA. ¿Te preocupa lo que piensen los criados?

GUILLER. Sí, me preocupa: la verdad.

PAULA. ¡Alma cándida! Esos son máquinas para servir á la gente....., y de testigos en las demandas de divorcio. ¡Hola! (Reparando en la mesa.)

GUILLER. Tres amigos.

PAULA. ¿Amigos hombres?

GUILLER. Amigos hombres.

PAULA. Me tranquilizo. (Se sienta á la mesa después de quitarse lentamente el abrigo y dejarlo encima de una de las butacas colocadas al lado de la chimenea.) ¡Qué hermosas frutas! Me muero por las frutas.

(Come fruta.) Hoy he comido detestablemente.

GUILLER. ¡Pobrecilla! ¿Por qué?

PAULA. En primer lugar, porque se me olvidó ordenar el *menu;* en segundo lugar, porque mi cocinero, que me aborrece, sabiendo que mañana se quedará en la calle, ha querido darme la despedida.

GUILLER. Te traeré alguna cosa.

PAULA. (Sigue comiendo fruta.) No, me gusta más esto. Engalanada como para un baile, me senté en el comedor, junto á la chimenea, al amor de la lumbre, y soñé, soñé..... que hacía una deliciosa comida.

GUILLER. ¡Qué chiquilla!

PAULA. Tú, frente á mí, ocupabas el extremo de una larga mesa. Nos mirábamos por entre las flores. ¡Qué sueño tan hermoso! Estábamos casados hacía ya cinco años.

GUILLER. (Besándole la mano.) ¡Cinco años!

PAULA. A uno y otro lado teníamos la más escogida y deliciosa colección de convidados, esas gentes difíciles de convidar. (Gesto de extrañeza en Guillermo.) Y aun no te he contado lo mejor de mi sueño.

GUILLER. Cuenta, cuenta; vamos á ver.

PAULA. Lo mejor de mi sueño fué que, á pesar del aspecto de tan escogida concurrencia, conjeturaba yo que ninguno de los que allí estaban había oído nunca nada....., nada....., nada....., sobre la encantadora huéspeda.

GUILLER. Y así sucederá, Paula. El mundo olvida pronto.

PAULA. (Torciendo el gesto.) No dejaría de sorprenderme. Aviva un poco el fuego. (Guillermo lo hace y mira el reloj.) No te impacientes; tengo algo muy importante que decirte. Ven aquí. Así andaba mi sueño cuando, apagándose la chimenea, salí de mi sopor al despertarme, dando diente con diente. Entonces tomé la resolución de entregarte esta carta. Es una confesión completa, que no tengo ya valor de hacerte al oído. To-

das mis aventuras. De muchas ya estás enterado. Yo te las conté.

GUILLER. ¡Paula!

PAULA. Las demás te las habrán contado otros; mas por si acaso entre unos y otros nos hemos dejado algo en el tintero, aquí está todo, absolutamente todo.

GUILLER. ¡Por Dios, Paula! ¿A qué viene hablar de eso esta noche?

PAULA. Mañana sería tarde. Toma. (Dándole la carta.) Y si al llegar mañana el momento de ir á la iglesia piensas que no debes ir, avísame que tienes miedo, y..... eres libre.

GUILLER. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué ideas son ésas?

PAULA. Las que debo tener. Precisamente porque sé lo bueno que eres quiero evitar el riesgo de que, una vez casado, puedan atormentarte inoportunos recuerdos. Tanto te quiero, Guillermo, que, por evitarte esa amargura, casi me trato yo misma como los demás me trataron.

GUILLER. ¡Oh!

PAULA. Veo que te hago sufrir; pero no puedo evitarlo.

GUILLER. Paula, Paula mía, no puedo, no quiero soportar ese suplicio; desecha esos temores. Olvida. Si los dos nos proponemos olvidar, olvidaremos, y seremos felices. Quememos esta carta.

PAULA. (Indiferente.) Haz lo que quieras.

GUILLER. Entonces..... (Arrojando la carta al fuego.) Se acabó. ¿Qué te pasa?

PAULA. (Con mucha frialdad.) Nada; me voy.

GUILLER. No. (Deteniéndola.) A ti te pasa algo.

PAULA. Me figuraba que cuando te ofrecí devolverte tu libertad podrías haberme dicho: «Eres muy generosa, Paula»; ó, á lo menos, darme las gracias.

GUILLER. ¡Ah, torpe!

PAULA. No sabes cuánto me ha costado llegar á hacerte tal ofrecimiento. Confiaba en ti, y, sin embargo, estuve meditando qué habría de hacer si, como término de nues-

tras relaciones, te hubieras conducido conmigo como los otros. (Se quita una flor.)

GUILLER. ¡Yo!

PAULA. Ya lo olvidé.

GUILLER. ¿Qué hubieras hecho de haberte abandonado yo?

PAULA. (Piensa fríamente.) ¿Qué? No lo quieras saber.

GUILLER. ¡Paula mía!

PAULA. Créeme. Hasta ahora no había tomado yo nada en serio. ¡Bah! No hablemos más de esto. (Pone á Guillermo la flor en el ojal del frac.)

GUILLER. ¡Jamás! Tu vida va á cambiar.

PAULA. ¡Oh, sí, sí! ¿Me querrás siempre? (Gesto afirmativo de Guillermo.) Mira, me sería imposible soportar más esta vida infame. (Como para sí misma.) Volver otra vez á hundirse, otra vez abajo, otra vez á..... ¡Oh! (Con asco, con horror.)

GUILLER. ¡Paula!

PAULA. (Voluble.) ¡Ja, ja! ¡Qué ojos tan espantados pones! Pasó, todo pasó. ¿Qué dirá mi cochero? Mi abrigo.

(En el juego escénico han ido acercándose á la mesa de escribir, y Guillermo repara en las cartas que ha entrado el criado. Paula, al pronunciar las últimas frases, se dirige lentamente hacia la butaca donde dejó el abrigo, y, mientras se lo pone, da lugar á que Guillermo lea la carta.)

GUILLER. (Aparte.) ¡Letra de Elena! (Coge una carta, la abre y lee rápidamente.) «Querido papá: Un gran cambio de ideas se ha operado en mí. Creo que mi madre me ha hablado desde el cielo, aconsejándome volver á tu lado y acompañarte en tu soledad. ¿Quieres recibir á tu hija Elena?»

PAULA. ¿Por qué me miras así? ¿No te gusta mi abrigo? Anda, acompáñame al coche. (Tomándole el brazo.) ¡Cómo abuso de ti! Mañana, ¡qué felices!

(Salen ambos. Guillermo guarda disimuladamente la carta. Va como alelado, dejándose llevar maquinalmente. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Habitación de forma irregular de una casa de campo, amueblada con lujo y buen gusto. Al foro dos puertas que comunican con un vestíbulo; otra puerta á la derecha y una gran ventana á la izquierda que domina extensa campiña. Mesa pequeña lujosamente dispuesta para almorzar. Un piano á la derecha, en primer término. Día alegre de sol, cuyos rayos entran por la ventana. Comienza la primavera.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO y PAULA

(Almorzando, y Guillermo lee á la vez el correo. Dos CRIADOS les sirven. Pasado un rato Guillermo deja á un lado las cartas y mira por la ventana.)

GUILLER. ¡El sol, la primavera!

PAULA. Seis minutos justos.

GUILLER. ¿Seis minutos?

PAULA. Justos, desde la última vez que hablaste.

GUILLER. Dispensa; estaba distraído leyendo estas cartas..... ¿Has visto hoy á Elena?

PAULA. (Seca.) La última vez que hablaste también fué de Elena.

GUILLER. Querida mía, ¿de qué quieres que hablemos?

PAULA. Elena se desayunó hace dos horas, y luego salió de paseo con su perro.

GUILLER. Iría abrigada. Este sol no es aún de fiar.

PAULA. Anoche anduve yo correteando por la hierba con zapatos de seda. ¿Estabas tan inquieto por mí?

GUILLER. ¡No había de estarlo!

PAULA. (Con ternura.) ¿De verdad?

GUILLER. Me tienes siempre inquieto. Te encantan las imprudencias. Eres incorregible.

PAULA. ¡Qué estúpida soy! (Se acerca, le besa y mira de reojo las cartas.) Carlos ¿te ha escrito?

GUILLER. Está de temporada en la vecindad; le tenemos muy cerca; en casa de.....

PAULA. Sí; en esa casa cuyas chimeneas nos hacen el honor de dejarse contemplar desde la nuestra.

GUILLER. En casa de Alicia.

PAULA. ¿Alicia?..... ¡Ya! (Irónica.) Esa señora que no ha tenido á bien dar ejemplo á nuestros vecinos, visitándonos, cuando vinimos á enterrarnos en este desierto.

GUILLER. ¡Por Dios, Paula!

PAULA. (Volviendo á sentarse.) Ya, ya sé que es una antigua amiga tuya y de tu primera mujer, la cual reanuda ahora su amistad desairando descaradamente á la segunda. Pero estoy vengada. ¡Tiene cuarenta y seis! No puedo desearla nada peor.

GUILLER. Pronto se irá. Carlos me promete venir á verte. ¿Te parece que le invitemos á que pase con nosotros algunos días?

PAULA. Por mí, desde luego. Él te divertirá.

GUILLER. Y á ti también.

PAULA. ¿A mí? Que tú tengas á tu lado un amigo, no es motivo para volverme loca de alegría..... Estoy muy aburrida.

GUILLER. (Recogiendo las cartas y acercándose) Hija mía, ¿qué puedo yo hacer?

PAULA. Nada. Ya lo has hecho todo.

GUILLER. ¿Qué quieres decir?

PAULA. Digo, al casarte conmigo.

GUILLER. (Se separa pensativo. Deja las cartas sobre una mesa.) ¿Has escrito antes del desayuno?

PAULA. (En tono desabrido.) ¡Ah, sí! Esa carta.

GUILLER. A la..... ¿á la mujer de Jorge? ¿A santo de qué?

PAULA. A santo de que Flora es antigua amiga mía. Yo también tengo mis amigas.

GUILLER. ¿Estáis en correspondencia?

PAULA. Tuve noticias suyas ayer. Acaba de regre-

sar de Montecarlo. Es muy feliz, según parece.

GUILLER. (Sarcástico.) Me felicito de ello.

PAULA. No sé por qué has de hablar siempre de Flora con esa acritud. Es muy buena muchacha; ha cambiado mucho; puede que llegue un día en que se peine como las beatas, con el pelo así..... (Mímica.) Y, sobre todo, Flora se ha casado con Jorge, y ya no hay nada que decir de ella.

GUILLER. Bueno.

PAULA. Me saca de quicio el tonillo que adoptas para hablar de algunas cosas. (Con cierta vehemencia.) La mujer de Jorge no es ni tanto así peor que la tuya; creo que no tengo mucha necesidad de recordártelo.

GUILLER. Ni poca ni mucha. (Tira la carta sobre la mesa y coge un periódico. Pausa.)

PAULA. Estoy pesarosa.

GUILLER. Más vale así.

PAULA. (Jugando con las cartas.) Debí decirte que la había escrito. Los invito á pasar con nosotros una temporada. (Guillermo la mira, y deja caer el periódico, desalentado.) No puedo más con esta vida. Por la mañana, en coche, al pueblo á compras. A la hora del *lunch*, Elena y tú. Por la tarde, los periódicos; algún libro; si acaso otro paseito en coche, luego el té, Elena y tú. Dos horas de anochecer, la comida, Elena y tú. Un bostezo tuyo, otro mío, un suspirito de Elena, y, por fin, como tres autómatas: «Buenas noches.» «Buenas noches.» «Muy buenas noches.» Y hasta el día siguiente, que se repite la función.

GUILLER. Esa es nuestra vida ahora. Pero poco á poco, cuando la gente vaya visitándonos.....

PAULA. ¡Visitándonos! Ese ha sido nuestro gran error. ¿Crees que *esas gentes* vendrán nunca á vernos? Ni vuestra exíntima Alicia, ni esa vieja encopetada de enfrente, con su nariz descomunal, que es una verdadera indecencia, ni los de al lado,

ni los de más allá, ni los otros, ni nadie, ¡como no vengan! Y así iremos viendo correr los años, secándonos, marchitándonos, arrugándonos, envejeciéndonos en esta nunca turbada y desesperante soledad. Palabra. Al ver esto, creo que hubiera sido mejor quedarnos en Londres. Después de todo, allí contaba yo con una agradable sociedad que no te hubiera hecho ascos, como ésta me los hace á mí. La verdad es, querido Guillermo, que á mí me convenía mucho casarme, pero....., ¿de qué me sirve? ¡Estar casada así!..... (Al ver á Guillermo que se coge la cabeza con las manos.) ¿Estás incomodado?

GUILLER. (Mirándola abochornado en voz baja.) He oído á Elena.

ESCENA II

DICHOS y ELENA, que viste sencillo traje de campo, diez y nueve años; grave, habla con reposo, que con Paula raya en reserva.

ELENA. Buenos días, papá. Buenos días, Paula.

PAULA. (Abrazándola y besándola. Elena responde á estas caricias con frialdad.) Elena, hemos almorzado hoy aquí; convidaba el sol. (Se sienta al piano y toca algo alegre. Al ver que Paula está de espaldas, Elena da un beso á su padre, quien se lo devuelve como á hurtadillas. Los criados entran y quitan la mesa.)

GUILLER. (Á Elena.) Ya sé dónde has estado.

ELENA. ¡*Sultán* y yo hemos ido paseando hasta cerca del pinar! ¿No sabes? Se ha clavado una espina. Voy por las pinzas para arrancársela.

GUILLER. Oye. Paula tiene quejas que darte. Se aburre siempre sola.

ELENA. Papá, ¡si estoy con ella casi todo el día!

GUILLER. Sí; pero tú eres tan..... Echa de menos gente alegre.

ELENA. Ya lo comprendo. Yo soy de pocas palabras; pero no puedo violentarme.

GUILLER. No pido eso, hija mía.

ELENA. Vaya, ¿quieres que la acompañe esta mañana al pueblo?

GUILLER. Sí, sí; gracias. (Acariciándola.)

ELENA. En cuanto cure á *Sultán*, volveré por ella. (Sale. Paula cesa de tocar, y girando sobre el taburete mira á Guillermo.)

ESCENA III

GUILLERMO y PAULA

PAULA. ¿Se acabó el secreto?

GUILLER. ¿Secreto?

PAULA. ¿Te figuras que no lo noto? ¿Que no me abruman esa actitud, esos misterios?

GUILLER. Elena va á volver en seguida para acompañarte. ¿Es así como cumples tus promesas?

PAULA. (Impaciente y agitada.) No puedo cumplirlas, ¿quieres que te lo diga de una vez? Estoy celosa. No haces sino mirarla, mirarla. Bien se ve que la adoras.

GUILLER. ¿Te extraña? Es mi hija.

PAULA. La contemplas como á una santa. ¡Santa Elena!

GUILLER. Cien veces me has dicho tú misma que es buenísima.

PAULA. ¿Y qué? Hay dos clases de cariño. El que se tiene á la mujer que se respeta y el que se tiene á la que sólo se ama. Tú derrochas el primero con ella. A mí me lo niegas.

GUILLER. No sabes lo que dices.

PAULA. ¿Por qué evita mi presencia, mi conversación? ¿Por qué no me hace caso?

GUILLER. Ya te hará más con el tiempo.

PAULA. Tan convencido estás de ello que hasta tartamudeas para decirlo. Ayúdame á conquistarla, Guillermo. (Con emoción.) En ti consiste; te oye como á un oráculo. Nada sabe de mí. Dila que me debe cariño. Enséñala á amarme. Mira: el cariño de una muchacha inocente, pura, angelical, como

Elena, me haría mucho bien. Que se me confiara, que me tuviera por digna de su intimidad. Tú mismo ganarías, me verías menos excitada, cesaría esta horrible inquietud.

GUILLER. ¡Paciencia! Todo irá llegando.

PAULA. Si me ayudas.

GUILLER. Comienza por ayudarte tú. Rompe esa carta.

PAULA. (Besándole la mano.) Sí; como tú quieras. (Se acerca á la mesa para romper la carta, que está encima del mueble.)

GUILLER. ¡Qué buena! Figúrate qué pareja haría con Santa Elena *esa mujer*.

PAULA. (Retrocediendo ofendida.) ¡Ah! Aquí no se respeta sino á Elena; Elena es todo. Siempre Elena.

ESCENA IV

PAULA, ELENA; GUILLERMO sale al entrar ELENA por la izquierda.

ELENA. ¿Me llama usted, Paula? (Cogiéndola las manos.) ¿Está incomodado papá?

PAULA. No; es que yo le pongo nervioso algunas veces.

ELENA. ¿Usted? ¿Por qué?

PAULA. Por que....., por que estoy celosa.

ELENA. ¿Celosa?

PAULA. Sí; de ti. ¿Qué te parece?

ELENA. (Pausa. Despacio.) Lo sabía, lo había visto y me da mucha pena; ¿qué quiere usted que haga? ¿Que me vaya?

PAULA. ¡Dejarnos, no! Tú podrías curarme fácilmente. ¿Por qué no me quieres?

ELENA. En el cariño no se manda. Yo iré queriendo á usted con el tiempo. A mi mismo padre no he comenzado á quererle de veras hasta hace pocos meses; y obedeciendo á mi madre.

PAULA. ¡Ah! ¡Sí! Tú ves cosas en sueños. Crees

que tu madre te habla. Y ¿nunca te aconseja que me quieras á mí?

ELENA. (Tras una pausa, en voz muy baja.) ¡No! ¡Nunca!

PAULA. Los sueños no son sino trasunto de nuestros pensamientos; para soñar en algo, no hay sino pensar en ello mucho despierta. Si despierta te importara yo algo, soñarías dormida conmigo y con mi afecto; ¿por qué no has de tratar de ver en mí una segunda madre? Sería para mí un gran consuelo que fuéramos la una para la otra verdadera hija y madre, ¿no quieres? Hace unos cuantos años tuve una pena, que, para siempre, me secó las lágrimas. Si me echases al cuello los brazos, otra vez subirían á mis ojos. Elena, te hablo como jamás he hablado á ninguna mujer. Y, á pesar de ello, parece que me tienes miedo. Díme que no es verdad. (Con mucha ansiedad.) ¡Bésame! ¡Bésame! (Elena vuelve la espalda y se deja caer en un diván, con la cabeza entre las manos.) ¿Qué? ¿Qué es esto? (Colérica.) ¿Por qué me tratas así? ¿Qué significa tu desvío?

ESCENA V

DICHOS y CARLOS.

CARLOS. (Al paño.) ¿Se puede?

PAULA. (Dominándose.) ¡Querido amigo!

CARLOS. ¿Cómo va? (Á Elena.) Hace una hora que la he visto á usted, de lejos, en el retamar.

ELENA. Pues yo no me he fijado. (Retirándose.) Paula..... Papá desea que acompañe á usted hoy al pueblo. ¿Quiere usted llevarme?

PAULA. (Muy seca.) ¡Que enganchen! (Mutis Elena.)

CARLOS. Y ese tunante de Guillermo, ¿cómo lo pasa?

PAULA. Muy bien, cuando Elena está aquí.

CARLOS. Usted, ya veo que.....

PAULA. Sí; yo..... ¿Quiere usted que le diga la verdad, amigo Carlos? Yo llevo una magnífica vida de perros.

CARLOS. ¡Paula!

PAULA. Bien conservada, no me falta nunca un hueso que roer ni paja donde echarme.

CARLOS. Pues felicito á usted por disfrutar de tan confortable perrera. ¡Qué hermoso panorama se divisa desde aquí! (A la ventana.)

ESCENA VI

DICHOS y GUILLERMO

GUILLER. Carlos. ¿Te ha comunicado Paula nuestra pretensión?

PAULA. Acaba de llegar.

GUILLER. Pues pretendemos que pases un mes con nosotros, si no quieres concedernos más. ¿Verdad, Paula?

PAULA. Todo el tiempo que pueda usted soportarlo. ¿Quiere usted?

CARLOS. Encantado.

PAULA. ¡Qué gusto! Voy á disponer á usted su perrera particular; á pedir provisiones; Ya tengo en qué ocuparme, en qué distraerme, ¡gracias á Dios! (Sale muy alegre.)

ESCENA VII

GUILLERMO y CARLOS

CARLOS. ¿Y qué?

GUILLER. ¡Ay, Carlos! Mi situación es cada día más difícil. Ya te hablé del afán de Paula por lograr la intimidad de Elena; en vano, por supuesto.

CARLOS. Lleva poco tiempo de tratarla, acaso más adelante.....

GUILLER. Todo eso me preocupa mucho, y no sé si tengo el derecho de exponer á Elena á la influencia de Paula, tan irreflexiva y resabiada. Deseo exhortar á mi hija á que sacuda su frialdad, y á veces no puedo ha-

cerlo. Tú mismo lo has de ver. Apenas hay asunto que no sea causa de que Paula no manifieste alguna idea chocante, opiniones y conceptos raros y viciados; y lo que más me asusta es que todo eso es en ella intuitivo, espontáneo, natural, inconsciente. Desconoce el verdadero alcance de sus palabras y de sus actos. No está en su mano el reprimirse. ¡Qué pena ver todo eso en la mujer que quiere hacernos la existencia placentera y dichosa, que pone toda su voluntad en ser una mujer honrada! ¡Cuando recuerdo cómo Elena ha venido á mí desde otro mundo tan distinto!..... ¡Cuando reflexiono en la responsabilidad que sobre mí pesa!.....

CARLOS. Vamos, creo que exageras, y aun que te equivocas.

GUILLER. ¿En qué?

CARLOS. No, ciertamente, en que Elena no sea un ángel, sino en creer que aun siéndolo, pueda evitarse que atraviese el mundo sin recoger, siquiera en el borde de su vestido de pureza, un poco de barro, del humano barro del que fuimos formados. Eso mismo conserva la nobleza del alma despertando sentimientos de caridad hacia las faltas ajenas. No veo sino dos caminos por donde puedas conducir á tu ángel: confinarla en algún paraíso, que al ser terrestre ha de ser seguramente imperfecto, ó tratarla como criatura de carne y hueso, ofreciéndole las honestas ventajas de la elevada sociedad en que ha nacido.

GUILLER. ¿Ventajas?

CARLOS. Amigo Guillermo, de todas las clases de inocencia, la menos admirada es la ignorancia. Déjala que ande y viva, que luche y que sufra, déjala. Y es probable, es seguro que en el mundo hallará un compañero honrado y bueno que la haga feliz, que complete su vida...

GUILLER. Eso sí. Un buen matrimonio sería la me-

jor solución; pero no es la única. Olvidas un peligro.

Carlos. ¿Un peligro?

Guiller. ¿Cómo evitar que en el trato social, más tarde ó más temprano, sepa Elena la historia de Paula?

Carlos. Y ¿cómo evitar lo inevitable?

Guiller. ¿Cómo presentar á mi hija en esa sociedad que me ha abandonado..... ó á la que yo renuncié?

Carlos. Por algunos amigos, ó más bien amigas.

Guiller. Todas las he perdido.

Carlos. Conozco una.

Guiller. (Escuchando.) Ahí está el coche de Paula. Ya hablaremos de esto.

Carlos. (Acercándose á la ventana.) No; no es el coche de tu mujer. Sorpréndete; es el coche de Alicia.

Guiller. ¿De Alicia?

Carlos. Mientras estuve en casa de nuestra antigua amiga, hemos hablado, como es natural, de vosotros. Alicia va á hacer una excursión á Francia antes de volver á Londres, y me figuro que viene á solicitar el favor de que permitas á Elena acompañarla.

Guiller. ¡Ya comprendo! Una amistosa conspiración.

ESCENA VIII

DICHOS, ELENA y ALICIA

Elena. (Anunciando.) ¡Papá, papá, Alicia! (Saludos.)

Alicia. Venía asombrada de esta muchacha, á quién conocí tan pequeñita, con su carita melancólica y pálida. ¿Y la señora? He sido una mala vecina, y aquí vengo á pedirle perdón. ¿Está en casa?

Guiller. Creo que está arreglándose.

Alicia. ¡Ah! (Sentándose. Elena y Carlos hablan en el fondo.) Antes acostumbrábamos á tratarnos con

toda confianza, y ahora vivimos alejados.

GUILLER. No creo ser yo el responsable.

ALICIA. Usted comprenderá que cuando una mujer llega á mis años, tiene atestada la cabeza de convencionalismos sociales, de prejuicios á veces estúpidos; pero me parece que ya es algo que se resuelva á echar todo eso por la ventana (tendiéndole la mano), y á decir á usted: «Volvamos á ser amigos, y como si no hubiera pasado nada.»

GUILLER. Gracias, Alicia.

ALICIA. Gracias, Guillermo.

GUILLER. Aquí llega Paula.

ESCENA IX

DICHOS y PAULA, en traje de paseo en coche. Se detiene bruscamente al ver á Alicia.

GUILLER. Querida Paula, la señora de Castelmar, que viene á visitarte.

PAULA. (Irresolución. Pausa. Apenas toca la mano que le ofrece Aire insolente y dulzura sarcástica.) La señora de....., ¿cómo has dicho?

GUILLER. Alicia Castelmar.

PAULA. Castelmar..... ¡Ah! ¡Sí! Castelmar.

ALICIA. (Conteniendo su resentimiento.) Habrá dicho á usted su marido que somos antiguos amigos.

PAULA. Sí, sí; pero tengo tan mala memoria.

ALICIA. Ya sabrá usted también que somos vecinas.

PAULA. ¿Vecinas? ¿De veras? Pero siéntese usted. (Se sientan.) ¡Vecinas! Entonces tiene esto aún más interés..... ¡Conque vecinas!

ALICIA. Muy cercanas. Desde sus ventanas puede usted ver el tejado de mi quinta.

PAULA. Ahora creo haber visto algún tejado....., sí, y unas chimeneas..... ¿Ha estado usted ausente, ¿no? ¿Regresa ahora?

ALICIA. ¿Por qué supone usted?.....

PAULA. Como hace dos meses que llegamos aquí y no recuerdo haber tenido el gusto de recibir á usted hasta hoy.....

ALICIA. ¡Y se quejaba usted de su mala memoria! No he estado fuera, y para excusarme de mi negligencia, he venido.

PAULA. (Con fingida candidez.) ¿He dicho alguna inconveniencia, Guillermo? Dile á esta señora qué tonta y simple soy.

ALICIA. (Á Carlos, que se le habrá acercado.) ¿No ve usted? (Él la contiene por señas.) Hace veinte años (á Paula); la primera vez que su esposo residió aquí era yo asidua visita de esta casa.

PAULA. ¡Jesús! Hace veinte años, era yo una criatura.

ALICIA. En esa época, y hasta el fin de su vida, fuí una amiga del alma de la dueña de esta casa. (Elena se ha acercado; atiende con interés á Alicia.) Al llegar usted hace dos meses pensé que, á mis años, me sería muy doloroso avenirme, sin gran esfuerzo, á sustituir antiguas y ya muertas afecciones, á romper con recuerdos queridos: he aquí una leal confesión. Espero que la habrá usted entendido y me perdonará.

PAULA. (Burlona é impertinente.) Elena, á ti que, naturalmente, te interesan mucho tales recuerdos, á ti te toca contestar. ¿Qué te parece, perdonamos á esta señora por no haberse acordado de nosotras en estos dos meses?

ALICIA. Contesta, Elena. (Con un grito de ternura Elena corre á sentarse junto á Alicia y le coge una mano.) ¡Hija de mi alma!

PAULA. (Á media voz á su marido.) Ya ves que Elena no es tan fría como dices..... para esa señora.

ALICIA. Tanta bondad me anima en mi propósito. Mañana salgo para París, donde estaré un par de semanas. Si Elena quisiera y ustedes no tuvieran sobre ella otros proyectos, me la llevaría conmigo. Hay que indemnizarla del convento. ¿Qué dicen ustedes? (Sorpresa en Elena. Silencio en Paula.)

GUILLER. (Vacilante.) Bondad la de usted, Alicia, que no sé cómo pagar.

PAULA. Un momento, un momento. No acabo de entender.

CARLOS. (Aparte.) ¡Ay, ay, ay!

PAULA. ¿Esta señora propone que Elena nos deje para pasar con ella algún tiempo?

ALICIA. Ya pueden ustedes ser generosos con esta solitaria y desolada viuda.

PAULA. (Recelosa.) ¿Había usted hablado de eso á Guillermo antes de que yo entrara?

ALICIA. No hubo ocasión.

PAULA. ¿Ni á Elena?

ALICIA. Ni á Elena.

PAULA. (Mirando en torno y excitada.) ¿No se habrá tramado esto á espaldas mías?

ALICIA. (Ofendida.) ¡Señora!

PAULA. Y tú, ¿qué dices? (Á Elena.)

ELENA. ¿Yo? ¡Qué gusto!

PAULA. ¡Ah!

ELENA. Es decir, si.....

PAULA. Acaba.

ELENA. Si papá.....

GUILLER. (Mirando á Paula é indicando á Elena.) ¿Yo? ¡Pobrecilla!

PAULA. (Levantándose de pronto muy nerviosa y golpeando ligeramente la mesa con el puño.) Entonces, no se hable más del asunto. Cosa hecha. (Á Alicia, que se habrá levantado.) ¿Cuándo ha de estar dispuesta Elena?

ALICIA. Esta tarde, á las cinco, saldremos para Londres. No hay que perder tiempo.

PAULA. Todo estará dispuesto.

ALICIA. También yo he de ultimar los preparativos del viaje. Señora..... (Saludo ceremonioso de Paula.) (Á Carlos.) ¿Está loca?

CARLOS. Con la locura de los celos.

(Sale con Alicia. Guillermo los acompaña. Paula, con gritos contenidos, se quita rabiosamente el abrigo, el sombrero y los guantes, dejándose caer en una silla.)

ESCENA X

PAULA y GUILLERMO.

PAULA. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

GUILLER. (Volviendo.) ¿Has variado de idea? ¿No sales ya?

PAULA. Sí; llama.

GUILLER. (Tocando el timbre.) ¿Te has incomodado? Deja que te explique.....

PAULA. (Siniestra.) ¡Cuidado con lo que me dices. Sólo una vez en mi vida he sentido lo que estoy sintiendo. ¡Cuidado, mucho cuidado! (Entra un criado.) ¿Está el coche? (Levantándose.)

CRIADO. A la orden de la señora.

PAULA. En seguida al correo. (Dándole la carta que quedó sobre la mesa. Sale el criado.)

GUILLER. ¿Qué es eso?

PAULA. Mi carta para Flora.

GUILLER. No querrás ponerme en el caso de prohibir á un criado que cumpla una orden tuya. Llama y recoge esa carta.

PAULA. No tengo la menor intención de hacer tal cosa.

GUILLER. (Dirigiéndose á la puerta.) Entonces lo haré yo. (Paula coge violentamente el sombrero y el abrigo y le sigue.) ¿Qué vas á hacer?

PAULA. (Con gran decisión.) Si detienes esa carta, marcharme de esta casa.

GUILLER. (Vacila y vuelve atrás.) Si no me engaño, esa es la carta en que invitas á los Orreyed á pasar una temporada con nosotros. ¿No es así?

PAULA. Exactamente.

GUILLER. Bien, pues que vaya esa carta: la anulará otra mía.

PAULA. Atrévete.

GUILLER. ¡Paula, Paula!

PAULA. Insúltame otra vez, y me voy.

GUILLER. ¡Insultarte!

PAULA. Sí, sí; me insultas. Y si no, ¿qué es lo que

haces? Si no, ¿qué significa ese empeño en separar á Elena de mí?

GUILLER. Atiende, escucha.

PAULA. ¿Y cómo lo haces? Encomendándola á una mujer que de intento la aleja de mi lado, á una mujer que me arroja lodo á la cara con sus desprecios. A esa maldita mujer que por primera vez pone los pies en esta casa para que la confíen á tu hija, que ansiaba yo tener cerca de mí.

GUILLER. Paula, oye.

PAULA. Naturalmente; yo no sirvo para cuidar de Elena, se me desdeña, se me arroja á un rincón, se me pospone á la primera amiga aristocrática que se la ocurre prohijarla. Está bien. Pero al apartar á Elena de mi lado, no hay que extrañarse de que yo busque compañía donde esté segura de encontrarla.

GUILLER. ¿Es que pretendes convencerme de que tienes razón para traerme á casa á los Orreyed?

PAULA. Precisamente.

GUILLER. Y ¿eres capaz de volver á reanudar relaciones con esa clase de gentes?..... ¡Imposible!

PAULA. ¿Imposible? (Con mofa.) No sé por qué. ¿Imposible? No será, me figuro, por guardar respetos á todas estas señoronas que no se dignan tratarme. ¡Imposible! Lo veremos. (Yendo á la puerta.)

GUILLER. ¡Paula!

PAULA. (Violenta.) Digo que lo veremos. (Sale impetuosamente, él la mira consternado.) (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO

Salón; al foro una gran terraza, por la que se sale al parque; á la derecha, puerta que da á un pequeño vestíbulo. Á la izquierda, chimenea que sostiene un gran espejo; junto á ella puerta pequeña. En último término, á la izquierda, un gran diván. Piano, mobiliario lujoso y de muy buen gusto. Las puertas de la terraza abiertas. Noche de luna.

ESCENA PRIMERA

FLORA, bonita, muy rubia, exageradamente afectada, un tanto ordinaria y mimosa, está sentada en una otomana, la cabeza reclinada en el respaldo, y los ojos cerrados. PAULA, desmejorada, pálida y ojerosa, sentada junto á la mesa. Ambas con lujosos trajes de comida. JORGE.

FLORA. ¿No me estaba durmiendo? ¿Dónde andan los hombres?

PAULA. (Fríamente.) Allá fuera, fumando. (Un criado sirve café á Flora. Jorge llega por la terraza; frente estrecha, barbilla sumida, expresión de insignificancia, nariz muy colorada.)

FLORA. Aquí está Dodó.

PAULA. ¿Eh?

FLORA. Jorge.

JORGE. ¡Malditos mosquitos! No se puede parar en la terraza. (El criado ofrece café á Paula, que rehusa, y á Jorge, que coge una taza.) Aguarda un poco. (Mira á la bandeja buscando el licor, y no encontrándolo deja la taza.) No, no quiero. (Aparte á su mujer.) Esta gente no se arruinará con los licores.

PAULA. ¿No toma usted café?

JORGE. No, gracias. Ya es mi hora del *whisky* (*).

(*) Pronúnciase *úisqui*.

(Aparte.) Nada, no lo entiende. (Á Paula, mirando embobado á Flora.) La verdad es que Chichí está esta noche matadora.

PAULA. ¿Quién?

JORGE. Chichí. Esta es mi Chichí. ¿Habrá mosquitos aquí también?

FLORA. Querida Paulita, se me figura que Guillermo y tú, no habéis estado esta noche tan serios. ¿Pasó el nublado?

PAULA. No; todo se reduce á que nos hablamos delante de la gente. (Levantándose con impaciencia.)

FLORA. Siéntate mujer, estás nerviosa. (Paula se sienta en la otomana, de espaldas á Flora.) Es un deber de mi antigua amistad aconsejarte. (Mirada de sorpresa y orgullo en Paula.) Pero la verdad, como el que se mete á arreglar matrimonios, suele salir con las manos en la cabeza, determino callarme.

PAULA. Es lo más prudente.

FLORA. Sin embargo, desearía que tomaras mi ejemplo, convenciéndote de que el matrimonio es cosa respetable, solemne. ¡Es tan hermoso el matrimonio.....! Figúrate: si las gentes de *nuestra* posición no lo respetan y no dan buen ejemplo, ¿qué vamos á esperar de la clase media? ¿Hace mucho tiempo que estáis de monos?

PAULA. Diez y ocho días.

FLORA. Entonces..... empezasteis uno ó dos días antes de que viniéramos nosotros.

PAULA. Justo. Por unas cosas se acuerda uno de otras. Dejamos de hablarnos la mañana que te escribí invitándoos á pasar una temporada en esta quinta.

FLORA. Felizmente para ti, acudimos en seguida. ¿Verdad?

PAULA. Sí; fué una gran suerte. (De sopetón.) Jorge y tú os aburriréis aquí espantosamente. Debes preocuparte de tu marido antes que de mí; yo sé lo que debo hacer.

FLORA. Nos encontramos muy á nuestro gusto. No te apures por eso. De todos modos, gracias. Jorge y yo estamos tan de acuerdo, tan empapados mutuamente, que en cual-

quier parte nos hallamos bien. No es que quiera darte envidia, querida; pero he dado con un marido sin par. (Jorge, que se ha acostado hace rato en el diván, está profundamente dormido, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta; presenta un aspecto repugnante.)

PAULA. (Mirando á Jorge.) Sin par. No hay más que verlo.

FLORA. Y no creas. También de cuando en cuando tenemos algún..... alguna *diferencia*. Esta misma mañana..... Yo tengo capricho por un aderezo, una joya preciosa, chica; un amor de aderezo; de diamantes y rubíes. ¿Conocías tú á Cora? Se lo regaló un amigo y lo vende de lance. Es una alhaja tras la que se me va el corazón.

PAULA. ¿Nada menos que el corazón?

FLORA. Sí, hija; porque, lo que yo le digo á Dodó: en mi posición se necesita deslumbrar. Yo estoy en un rango que obliga. ¿No es verdad?

PAULA. Sí; el rango.

FLORA. La buena sociedad..... Bueno; pues por eso disputamos varias veces. Esta mañana tomó Dodó una rabieta y rompió dos ó tres sillas. En cuanto se altera, ya se sabe, tiene que romper algo. Si no es una silla, es un espejo ó una porcelana, sobre todo, las porcelanas son su debilidad. No vayas á creer que me las tira á mí con intención, sólo que á veces caen donde Dios quiere. Él no hace más que tirar los trastos á lo alto; pero con una distinción, con una elegancia..... Me temo que las habitaciones que ocupamos van á quedar desamuebladas antes de que se decida á regalarme el aderezo.

PAULA. No lo comprendo. ¿Acaso tu marido no está en disposición de comprarlo?

FLORA. (Sorprendida.) No te conozco, Paula. ¡Parece mentira, cómo has cambiado! Dodó puede siempre hipotecar algo ó pedir prestado á mamá.

PAULA. (Va al piano y teclea.) ¡Ah! ¡Ah!

FLORA. Sí, sí, toca; es lo único que te envidio. ¿Sabes algún *couplet* de actualidad?..... ¿El *cake-walk?*..... Entonces lo dejo á tu elección.

ESCENA II

PAULA y FLORA al piano; JORGE durmiendo; GUILLERMO y CARLOS por la terraza.

GUILLER. Mírale la cara; la pobre parece otra.
CARLOS. ¿Cuándo se van éstos?
GUILLER. (Gesto de resignación é ignorancia.) ¡Qué sé yo! no estorban del todo. Siquiera delante de ellos hablamos Paula y yo; por eso he llegado hasta alegrarme de la presencia de esta gente.
CARLOS. Las cantáridas sirven también de medicamento.
GUILLER. Te agradeceré que esta noche vuelvas á hablar á Paula.
CARLOS. En cuanto haya ocasión.
GUILLER. La buscaremos. Jorge duerme y no hay que cuidarse de él. (Paula deja de tocar y hojea un libro de música. Jorge rebulle y ronca estrepitosamente.) Flora, si usted quiere el desquite, el billar nos espera.
FLORA. Encantada. Ahora mismo. Llame usted á Dodó.
GUILLER. ¡Déjele usted; no le despierte, pobrecillo, que está cansado!
FLORA. Sí, sí; no me gusta verle de esa facha. (Sacudiendo á Jorge.) ¡Dodó! ¡Dodó!
JORGE. ¡Hum!
FLORA. ¡Anda, hijo, que pareces un órgano!
JORGE. Bien podías decírmelo poco á poco; me has asustado.
GUILLER. Véngase al billar. (Da el brazo á Flora y salen.)
JORGE. (Levantándose.) ¿Eh? ¿qué? ¿al billar? ¡Cómo se va el tiempo! ¡A que se me pasa la hora del *whisky?* (Buscando.) Pero..... ¿No hay

whisky por aquí? ¡Bueno! Vamos al billar. ¿Habrá *whisky* en el billar? (Sale perezosamente mirando mueble por mueble por si encuentra el *whisky* que busca.)

ESCENA III

PAULA y CARLOS

PAULA. Carlos, sin cumplidos, vaya usted con ellos.

CARLOS. (Sentándose.) No tengo prisa. (Paula, indecisa, va hacia el piano, vuelve, se acerca á la terraza.) ¡Qué calor! ¡Estoy sofocado! Ha hecho usted muy mal no viniendo con nosotros á pasear por el parque después de comer. Le hubiera sentado á usted bien y habría desechado su mal humor. ¿Por qué no ha venido usted?

PAULA. Ya conoce usted la causa.

CARLOS. ¡Válgame Dios! ¡Y pensar que esta noche podía haberse arreglado todo! El cielo plácido, el parque solitario y ameno, el aroma de las flores, la fresca brisa y, sobre todo, la discreta obscuridad, son estímulos más que suficientes para que una mujer bondadosa hubiera dejado descansar su brazo en el de un hombre que la adora.

PAULA. Habla usted lo mismo que una vieja romántica. (Se separa de la terraza y se sienta, golpeando con cualquier objeto en la mesa.)

CARLOS. No deja de tener gracia, ¡je, je! ¿Conque una vieja?..... Pues, sí, señora; tiene usted razón; como una vieja chocha se me caería á mí la baba si, antes de dejarles mañana, viera que había hecho usted las paces con Guillermo.

PAULA. ¿Se va usted mañana? (Contrariada.)

CARLOS. Le quedan á usted los otros.

PAULA. (Muy molesta.) No puedo ya con ellos.

CARLOS. ¿Cómo? Yo creía..... que su presencia en esta casa se debe principalmente á un deseo de usted.

PAULA. Así y todo convengo en que son inaguantables.

CARLOS. ¿Y por qué no le cuenta usted todo eso á Guillermo?

PAULA. Por que me he portado con él como una loca.

CARLOS. Cuéntele usted eso también.

PAULA. Usted no sabe á lo que me refiero. No puede usted figurarse lo que he hecho.

CARLOS. ¿Otra nueva locura?

PAULA. He interceptado las cartas que le han escrito Alicia y Elena desde París. (Saca del pecho tres cartas cerradas.) Dos de Alicia y una de Elena.

CARLOS. ¡Qué temeridad! ¿Por qué ha hecho usted eso?

PAULA. No lo sé. Sí, sí lo sé. Cartas á su padre, nada para mí. Al secuestrarlas sentí una alegría feroz. (Guardándose las cartas.) Y desde entonces las llevo siempre aquí, aunque me abrasan.

CARLOS. Reflexione usted, Paula.

PAULA. Pero ¿cómo me deshago ahora de ellas?

CARLOS. Muy fácilmente. Buscando á Guillermo y entregándoselas.

PAULA. Decirle yo en su cara..... ¡Qué bochorno! Lo mejor será que un criado, con cualquier pretexto.....

CARLOS. Una superchería no habrá de evitar las explicaciones; vamos, Paula, proceda usted con lealtad. Voy á enviárselo á usted aquí.

PAULA. ¿Ahora? (Mirándose á un espejillo de mano que habrá sobre la mesa.) Estoy desencajada. No sé cuantas noches llevo sin dormir, entre espantosas pesadillas.....

CARLOS. Hoy dormirá usted satisfecha de su conducta. Déjese usted guiar por esta vieja romántica. (Vase.)

PAULA. ¡Carlos, Carlos! (Pausa. Saca las cartas una á una, y las contempla con aversión.)

ESCENA IV

PAULA y GUILLERMO

GUILLER. (Entrando apresurado.) ¡Paula!

PAULA. (Dándole las cartas, sin mirarle. Guillermo, confuso, la interroga con la mirada.) Las robé para inquietarte; para que sufrieras, como sufro yo.

GUILLER. (Dulcemente, dejando las cartas á un lado de la mesa.) Bueno, bien.

PAULA. (Sorprendida) ¿No dices más?

GUILLER. ¿Qué esperabas?

PAULA. Nada. Los reproches mudos son los más fuertes. (En actitud de irse.) Anda, leélas, que estarás impaciente.

GUILLER. No hablemos más de eso. Se acabó.

PAULA. ¡Se acabó! ¿Cuándo regresa Elena?

GUILLER. ¿Te duele que la pobre niña se distraiga unos días aprovechando la amistad de nuestra antigua amiga?

PAULA. No me doliera, á no ser para mí un bofetón que esa mujer me ha dado.

GUILLER. ¿Qué más da que haya ido con Alicia ó que fuera con otra? Por ahora, no podemos nosotros proporcionar á Elena ocasión de.....

PAULA. Acaba. De alternar con personas respetables.

GUILLER. De adquirir amigos, relaciones.....

PAULA. Y entretanto.....

GUILLER. Entretanto, veremos.

PAULA. Te estás burlando de mí, humillándome, al apartarme de tu hija, como á la más vil de todas las mujeres. Elena se ha ido, porque temes que mi contacto la manche. ¿no es esto? Sé leal; habla claro. (Guillermo calla, alzando ella las manos como amenazándolo.) ¡Oh!

GUILLER. (Sujetándola por las muñecas.) Siéntate. (La sienta en una silla.) Escucha. A pesar de ser tan aficionada á revolver tu historia, hay en ella un episodio completamente inédito para mí. Me refiero á la época en que aun

eras como Elena. (Paula intenta levantarse, él la sujeta.) ¡Quieta! Pero no necesitas decírmelo. Lo sé. Entonces no cruzaban por tu mente más que pensamientos honrados, no sentías sino generosos impulsos hacia el bien, ni te asaltaba idea alguna que no pudieras comunicar á un niño. Y de esto hace aún pocos años. Fíjate; reflexiona sobre las diferencias entre una y otra Paula. No es cosa fácil; hace falta un poderoso esfuerzo, porque ciertas amarguras de la vida embotan mucho la sensibilidad; pero, por Dios, te pido que hagas ese esfuerzo, hasta poner en tu conciencia cara á cara las dos Paulas, y entonces contéstate á ti misma cuál de las dos mujeres es la digna de Elena.

PAULA. ¡Me insultas! Tan buena compañera pudiera yo haber sido para tu hija como su propia madre.

GUILLER. Dices de buena fe lo que piensas; pero estás ciega, Paula. Cada creencia de las que tiene por sagradas una niña inocente—tú también las juzgaste sagradas,—te da á ti hoy ocasión para una burla. ¡Cuántas veces he visto enrojecerse las mejillas de mi hija mientras contabas escandalosas historietas de *restaurant* ó de casino! ¿Has advertido siquiera ese rubor? Si lo has visto, ¿te has dado cuenta de la causa que lo motivaba? Lo mejor que de ti puedo creer es que estás ciega, Paula....., que estás ciega! (Pausa corta.)

PAULA. ¿Has acabado ya?

GUILLER. (Desesperado.) ¡Paula! ¡Paula!

PAULA. (Para sí, tristemente.) Hace pocos años..... (Se levanta despacio, como para retirarse, y cae en la otomana anegada en lágrimas.) Dios mío, Dios mío, Yo, yo, aun hace pocos años.....

GUILLER. (Acudiendo.) ¡Paula!

PAULA. No me toques; vete, vete. (Con gesto violento.) Oye, Guillermo (cambiando de tono; suplicante); líbrame de esa..... gentuza; échalos; que se vayan, que no vuelvan, y luego, cuando

regrese Elena..... ¡Ah! (Va á acercarse él; ella retrocede.) ¡No, no! (Sale por la izquierda. Cae él en un diván, con la cabeza entre las manos. Silencio. Situación de estudio.)

ESCENA V

GUILLERMO, UN CRIADO; á poco ELENA y ALICIA, en traje de viaje.

CRIADO. Señor, señor: la señorita Elena.

GUILLER. ¿Cómo?

CRIADO. La señorita Elena, que acaba de llegar.

ALICIA. (Entrando con Elena.) Ya estamos aquí. (Vase el criado.)

GUILLER. Alicia. ¡Hija mía! ¡Qué sorpresa!

ALICIA. Estábamos inquietísimas. Faltándonos carta de usted.....

GUILLER. Escribí á Elena.

ALICIA. Sin contestar á las nuestras.

GUILLER. (Recapacitando.) ¡Ah! Sí, es verdad.

ALICIA. Y como después hemos escrito, sin recibir respuesta.....

GUILLER. (Recogiendo las cartas de la mesa.) No es mía toda la culpa; vea usted.

ELENA. ¡Aun sin abrir!

GUILLER. Un accidente ha impedido que llegasen á mis manos á tiempo.

ELENA. (Aparte á Alicia.) No, ahora no; esta noche no.

ALICIA. ¡Bah! ¡Anda y recoge tus cosillas!

ELENA. (Á Guillermo.) Ha sido buenísima conmigo, pero ahora ya vuelvo á tu lado. (Sale.)

ESCENA VI

GUILLERMO y ALICIA

GUILLER. ¡Á mi lado! ¿Se queda entre nosotros?

ALICIA. Tal vez sea eso lo más conveniente. (Extrañeza de Guillermo.) Usted se acordará de Carolina, aquella parienta mía —¡pobrecita!—que se quedó viuda al año de casarse.

GUILLER. Perfectamente.

ALICIA. La hemos visitado en París, y ha simpatizado muchísimo con Elena. ¿No ha oído usted hablar del hermano de Carolina? ¿De Alberto Ardal? No hace mucho que los periódicos le ponían en las nubes.

GUILLER. No recuerdo. ¿Qué hizo?

ALICIA. Batirse en la India como un héroe. Es un capitán muy valiente.

GUILLER. ¿Y dice usted que es hermano de.....

ALICIA. ¡Ayúdeme usted un poco, por Dios! ¿No sospecha usted lo que puede haber ocurrido? Alberto, Elena.....

GUILLER. ¡Ah! ¡Ya! Inclinación mutua.

ALICIA. Yo he hecho cuanto he podido. Escribir á usted inmediatamente; hablar al capitán. ¡Pero hombre! ¿Por qué no recibe usted sus cartas á tiempo? Y ¿por qué no las abre cuando las recibe?

GUILLER. No tengo nada que reprochar á usted, Alicia.

ALICIA. Así comienzan casi todas las disputas.

GUILLER. ¡Si usted estuviera en mi situación!

ALICIA. A tener yo una hija casadera, y pedírmela Alberto, me pasaría llorando toda la noche, pensando que me quedaba sin ella, y, al levantarme, exclamaría: «¡Gracias á Dios!»

GUILLER. Gran confianza tiene usted en él.

ALICIA. Usted juzgará dentro de poco.

GUILLER. ¿Cómo? ¿Está aquí?

ALICIA. Ha venido detrás de nosotras, con objeto de hablar á usted mañana formalmente, Elena. (Tosiendo.) ¿Dónde están mis guantes? Recuerdos á Paula. ¿Está buena?

ESCENA VII

DICHOS y ELENA

ELENA. He estado esperando para darle á usted las buenas noches, Alicia.

ALICIA. (Con intención.) Buenas noches, Elena.

ELENA. (Abrazándola.) Gracias.

GUILLER. (Á Elena.) Voy á acompañarla; díselo á Paula y explícale..... ¿Estás muy contenta?

ELENA. Sí; mucho. ¿Y tú?

GUILLER. Yo también. Y, pues, eres feliz, haz algo por mí. (Gesto de complacencia de Elena.) Sé cariñosa con Paula; muy cariñosa, muy cariñosa..... (Besándole en la frente.) Vamos, Alicia. (Salen. Tiran de fuera una rosa por la terraza.)

ELENA. (Recogiéndola y besándola.) ¡Él! (Se asoma á la terraza.)

ESCENA VIII

ELENA y PAULA

PAULA. ¡Elena!

ELENA. ¡Ah!

PAULA. ¡Elena!

ELENA. ¿La sorprende á usted?

PAULA. ¿Cómo? ¿No estás ya con..... con tu amiga?

ELENA. Acabamos de llegar. Salimos de París esta mañana. Hace un momento que Alicia se ha marchado á su casa. Papá ha ido á acompañarla. (Pausa)

PAULA. Y ¿cuándo salís para Londres?

ELENA. No voy á Londres.

PAULA. (Contenta.) ¿Qué? ¿Habéis reñido?

ELENA. No; no es eso, no; sino..... Paula, Paula. (Va á ella y la besa.)

PAULA. (Conmovida y sorprendida.) ¿Eh?

ELENA. ¿No me das tú un beso?

PAULA. *¡Tú!* ¿Y me pides un beso?

ELENA. Quiero que en adelante seamos muy amigas. ¿Es tarde?

PAULA. ¿Tarde? No, no, no, no. (La besa ansiosamente dando gritos.) (Enjugándose los ojos.) ¡Estoy tan afectada! ¡Háblame, háblame!

ELENA. Tengo qué contarte.

PAULA. Aquí, aquí. (Llevándola á sentarse junto á ella en la

otomana acariciándola y cogiéndola las manos con muchísimo cariño.)

ELENA. En nuestra misma casa de París vivía una antigua amiga de mi madre y de Alicia, con quien pasábamos largos ratos.

PAULA. (Recelosa.) ¿Vas á irte ahora con esa señora?

ELENA. No, no; con esa señora está un hermano; no, estaba un hermano....., su hermano..... (Cortada.)

PAULA. ¿Y qué? ¿qué? (Con ansiedad.)

ELENA. ¡Paula! (Levantándose con rubor.)

PAULA. ¡Elena! (Siguiéndola y sujetándola.) Tú estás enamorada. ¡Ah, ya! ¡Claro! Por eso has vuelto á casa. Por eso puedes ya ser amiga mía; y como volverás á marcharte pronto, no es gran sacrificio el de tus atenciones fingidas.

ELENA. ¡Paula!

PAULA. ¡El mármol! ¡La santa! ¡La santa!

ELENA. (Desviándose.) ¡Siempre se burla usted de mí!

PAULA. No, eso no. Ven; no sé lo que me digo. Yo seré otra para ti; te lo juro, lo seré. Aunque estés enamorada, aunque te cases; ese no es motivo para que yo deje de quererte....., para que nos queramos mucho..... ¡Cuéntame! ¡Cuéntame! (Todo esto, con gran sinceridad.)

ELENA. Alberto vino hoy con nosotras de París para hablar á papá. Está en casa de Alicia, y. ... y..... Sí, sí, debo contártelo todo.

PAULA. Sí, sí. ¿Qué?

ELENA. Que me está esperando ahí abajo para hablarme un momento desde la ventana.

PAULA. (Como la cosa más natural.) Llámale; que suba.

ELENA. (Comprendiendo la incorrección.) No, no.

PAULA. Sí, llámale. Yo le recibiré mientras viene tu padre. Quiero conocerle. Estoy muy alegre. (Elena sale por la terraza.)

ESCENA IX

PAULA, ELENA y ALBERTO

ELENA. Paula, el capitán Ardal. (Paula y Alberto se miran desconcertados durante un rato. Gestos mutuos de reconocimiento. Situación difícil.)

PAULA. Tengo mucho gusto.

ALBERTO. Señora.....

PAULA. (A Elena.) Conocí á este caballero en Londres. No sabía que fuera militar.

ALBERTO. Sí.

ELENA. ¿En Londres?

PAULA. Tienen razón los que dicen que el mundo es muy pequeño. ¿Verdad?

ALBERTO. Efectivamente.

ELENA. Con vuestro permiso.....

PAULA. Un momento, no más. (Acompaña á Elena hasta la puerta, que cierra, y vuelve.) Acabemos pronto. Mi marido fué á acompañar á Alicia á su quinta y no puede tardar. ¿Qué vamos á hacer?

ALBERTO. Yo, yo..... (Desconcertado.)

PAULA. Hay que tomar una resolución inmediata.

ALBERTO. Yo creía que el señor de Tanqueray se había casado con la viuda de Jarman.

PAULA. ¿No sabías que después de nuestra separación usé ese nombre?

ALBERTO. A poco de separarnos me fuí á la India. ¿Tu marido no sabe nada de nuestras relaciones?

PAULA. No. Se trata de su hija, su hija. ¿A qué vuelves á trastornar mi vida?

ALBERTO. Tú trastornas la mía, la de ella, la de todos.

PAULA. ¡Alberto!

ALBERTO. Yo jamás te hice daño.

PAULA. Es verdad; perdóname. Hoy me había yo ganado su cariño después de tanto luchar, y ahora vienes tú á levantar otra barrera infranqueable entre nosotros; á recluirme en soledad eterna, ó á condenarme á que vivamos juntos callando esta infamia.

ALBERTO. Reprímete, Paula.

PAULA. ¿Qué haremos?

ALBERTO. Callar.

PAULA. ¿Eh? (Distraída, como si no entendiera.)

ALBERTO. Hay cien probabilidades contra una de no tropezar nunca con quien nos haya conocido en aquella época. Además, nadie ha de ser tan insolente que vaya á..... Callemos. Es el mejor plan para conjurar esta fatalidad.

PAULA. Sólo hay un plan posible. Ser leal. Obedecer á la conciencia y confesárselo todo á mi marido.

ALBERTO. ¿Qué dices? ¿A tu marido? ¿Y que yo pierda á Elena? No pienses en tal cosa: guárdate muy bien.

PAULA. (Tristemente, pero con gran energía.) Aunque me amenaces, nada he de ocultarle.

ALBERTO. (Sujetándola.) ¿Por qué? Tú no sabes lo que yo quiero á Elena. Es para mí tan respetable como mi propia madre. Yo la he confesado que en algún tiempo llevé una vida desordenada, demasiado libre. Ella me perdonó. No es posible que la pierda, tan sólo por haber vivido como tantos otros en mi juventud. Paula, no me impongas una expiación superior á mis faltas. Sé buena para mí. Esa pobre muchacha, ¿qué culpa tiene? Sé buena para mí y para ella.

PAULA. He de ser buena también para mí.

ALBERTO. ¿Qué quieres decir?

PAULA. Que hablaré á mi marido.

ALBERTO. ¡No te atreverás! Ya ves que no me exalto.

PAULA. Si me atreviera, ¿qué?

ALBERTO. (Pausa. Fríamente.) Me mataría. (Pausa corta.) Buenas noches. (Mutis.) (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

PAULA: después FLORA

(Paula, sentada en la otomana, tiene en la mano un espejillo. Su mirada y aspecto revelan el profundo estupor en que se encuentra.)

FLORA. (Entrando.) Chica, ¿dónde te metes? No quieres venir nunca á la sala del billar..... Es para desesperarse: sesenta carambolas para ciento me ha dado Guillermo, y así y todo me ha arrimado una soberana paliza. ¡Incomprensible! Porque juego *magistralmente* para lo que acostumbran á jugar las señoras. Sin ir más lejos, el mes pasado..... (Paula se levanta.) Pero ¿qué te pasa?

PAULA. ¿Por qué?

FLORA. (Mirándola.) ¡Ya! Es que se ha despejado el horizonte. (Paula deja el espejo sobre la mesa.) Más vale así. Por la salida repentina de Guillermo me lo figuré.

PAULA. Sí; eso es.

FLORA. No sabes cuánto me alegro. Quiero decir.....

PAULA. Sí; ya sé lo que quieres decir. Gracias. Y perdóname si por unas cosas y otras he estado poco atenta con vosotros. (Sentándose.)

FLORA. ¡Poco atenta tú! ¿Tú? De ningún modo. Dodó y yo decimos siempre que tratas á tus huéspedes con exquisita cortesía, como

nadie; la costumbre de tenerlos, ¿verdad? (Dejándose caer en la otomana y bostezando.) Charlemos, hija, porque si no me duermo.

PAULA. Duérmete.

FLORA. No, no me conviene; tengo que aguardar á Dodó, y que hoy está de mal aire.

PAULA. ¡Ah!

FLORA. Mientras jugábamos al billar se entretuvo llevando los tantos y bebiendo *whisky;* pero me parecía muy aburrido. Ya ha bebido bien, ya.....

PAULA. ¡Chist! Ahí viene.

ESCENA II

DICHAS y JORGE, pálido, lengua pesada, mirada estúpida, movimientos torpes.

JORGE. Paula, perdón. Perdón por haberla dejado sola tanto tiempo..... Perdón..... Mis excusas..... Paulita..... ¿Dónde anda Guillermo?

PAULA. Ha tenido precisión de salir.

JORGE. Bueno. Necesito que me aconseje acerca de un grave y urgente asunto de familia, de mi familia. (Sentándose al lado del taburete del piano.) Bien; mañana será.

FLORA. (A Paula.) ¿No te dije que estaba de mal aire? Cuando se pone así, ya es sabido, le da por la familia. Su sagrada familia.

JORGE. La verdad es, amiga Paula, que no estoy satisfecho de mi conducta con mi pobrecita mamá.

FLORA. (A Paula.) Siempre *su mamá.*

JORGE. Lo primerito que me propongo hacer mañana, es escribir á mamá. Diré á Guillermo que me dicte la carta..... (Juega inconscientemente con el almohadón del taburete.) Y pondré también dos letras á mi tía Paquita; es una verdadera vergüenza que me haya olvidado de este modo. Toda mi familia me rechaza..... (Haciendo pucheros.)

FLORA. ¡Dodó!

JORGE. Sí, sí; me rechazan, y todo por haberme

casado con quien no es de mi clase: por eso, por eso me rechazan. Mi tía, mis primas, el General; mi misma hermana, que tanto me quería; todos, todos me vuelven las espaldas..... y se niegan á darme dinero. No puedo resignarme.

FLORA. (Con dignidad cómica.) Sir Jorge, dé usted las buenas noches, y á la cama. ¿No has oído?

JORGE. (Levantándose colérico.) ¿Qué?

FLORA. Vamos, quietecito.

JORGE. ¿Te figuras que soy un muñeco?

FLORA. Estás dando un precioso espectáculo.

JORGE. Tú no me conoces, ¿eh?

FLORA. ¡Vamos, vamos, arriba!

JORGE. ¿Arriba? ¿Arriba? Arriba, no, no, no quiero, no quiero. (Jorge vacila, masculla frases confusas, y de pronto agarra con violencia cualquier objeto frágil y se dispone á tirarlo contra el suelo. Flora y Paula tratan de evitarlo.)

PAULA. ¡Jorge!

JORGE. Bueno, me voy. (Vuelve á colocar el *bibelot* sobre la mesa y besa la mano á Paula.) Buenas noches, Paula, me voy.

FLORA. Buenas, monina. (A Paula.) Esta vez se salvaron los cacharros.

JORGE. (Repitiendo inconscientemente.) Esta vez se salvaron los cacharros.

FLORA. ¡Ah! Y que dure la reconciliación..... ¿Es segura?

PAULA. Del todo.

FLORA. Pues eso es lo principal en una casa. (Vase hablando sola.)

PAULA. «Del todo..... del todo.»

JORGE. Esta vez..... se salvaron..... los.... cacharros..... (Sale torpe y vacilante detrás de Flora.)

ESCENA III

PAULA, GUILLERMO y UN CRIADO.

GUILLER. ¿Has visto á Elena?

PAULA. Sí.

GUILLER. ¿Y te ha dicho?.....

PAULA. Sí.

GUILLER. Es raro, ¿verdad?..... No que alguien se haya prendado de ella ni que Elena se enamore; eso es natural, y tenía lógicamente que suceder más temprano ó más tarde. Lo extraordinario es que sea precisamente ese muchacho..... ¿Te has enterado de su historia?

PAULA. ¿Su historia?

GUILLER. ¿No recuerdas que hace unos cuantos meses no hablaban los periódicos de otra cosa? Y al mismo tiempo, según dice Alicia es ingenuo como un colegial. ¿Qué te parece de esto, Paula?

PAULA. ¿A mí?..... (Con decisión.) He visto al señor Ardal

GUILLER. ¿Al capitán Ardal?

PAULA. Al capitán Ardal.

GUILLER. ¿Que le has visto?

PAULA. Mientras tú estabas fuera. Dije á Elena que le llamara para presentármelo.

GUILLER. ¿No sabe ese caballero *cómo* se debe entrar en esta casa?

PAULA. Guillermo..... (Pausa. Solemnemente) ¿Recuerdas una carta que yo te escribí, en la que estaba la historia exacta de toda mi vida, carta que te llevé yo misma la noche antes de casarnos? La quemaste, ¿no recuerdas?

GUILLER. ¿Aquella carta?

PAULA. Sí; el nombre del capitán estaba escrito en aquella carta.

GUILLER. (Retrocediendo y mirándola asombrado.) ¡No entiendo!

PAULA. (Fría.) Ardal ha sido mi amante. (Guillermo trata de hablar, pero calla abrumado.) ¡Abofetéame!..... ¡Mátame!.....

GUILLER. (Contenido.) ¿Qué habéis hablado ese hombre y tú?

PAULA. Apenas si lo sé.

GUILLER. Piensa, haz memoria.

PAULA. Le dije que iba á enterarte de todo; él no quería; me amenazó.....

CRIADO. Acaban de traer esta carta para la señora. (Sale.)

GUILLER. (Toma la carta y la da á Paula, que la coge con mano temblorosa.) Es para ti.

PAULA. (Para sí.) De él..... Toma. Léela tú.

GUILLER. (Leyendo.) «Estaré en París mañana por la noche, y allí aguardaré lo que usted ó su marido resuelvan. Invente usted algo que satisfaga á Elena. Por Dios se lo ruego.»

PAULA. ¿Habrá partido ya?

GUILLER. Eso es lo esencial. Tener la certeza de que se ha ido.

PAULA. Y ¿qué le contestamos?

GUILLER. El silencio le servirá de respuesta. Pronto encontrará consuelo.

PAULA. ¿Lo crees así?

GUILLER. Así lo espero. El fuego consumirá esta carta..... como la otra. (Se la guarda.)

ESCENA IV

DICHOS y ELENA.

(Al entrar Elena se vuelven Paula y Guillermo con aspecto de culpables, y la miran temerosamente.)

ELENA. (Sorprendida.) ¡Papá!

GUILLER. ¿Qué quieres, hija mía? He sabido que habías vuelto. (Paula se va como esquivándose y sin mirar atrás.)

ELENA. ¿Ocurre algo?..... ¡Ah! Supongo que Paula te habrá hablado de Alberto.

GUILLER. Sí.

ELENA. ¿Le has visto?

GUILLER. No. (Afligido.) Elena.....

ELENA. ¿Qué tienes, papá?

GUILLER. No puedo consentir que vuelvas á ver á ese hombre..... (Más afligido.) ¡Elena, hija mía!..... (Abrazándola.)

ELENA. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es esto?

GUILLER. (Meditando mucho las palabras.) Algo que yo ignoraba y que, al llegar á mi noticia, me obliga á decirte que es imposible que continúen tus relaciones con ese hombre.

ELENA. ¿Que es imposible?

GUILLER. Sí.

ELENA. (Tranquilidad afectada.) Aun no hace una hora, cuando se fué Alicia, no tenías nada que oponer á mis relaciones con Alberto; nada tenías que decir contra él.

GUILLER. Es verdad.

ELENA. No os conocéis. Nunca os habéis visto. ¿Qué ha pasado?..... ¿Es que no piensas darme una explicación?..... No; tú no puedes adoptar esa actitud sin una razón, sin un motivo muy serio, muy grave.

GUILLER. Hay razones, hay motivos relacionados con la vida del capitán Ardal que es preferible que no conozcas.

ELENA. ¡Padre!

GUILLER. Confía en mi cariño, Elena. Advierte cuán doloroso es para mí disgustarte. Confía en mi cariño, hija mía.

ELENA. ¿Dices que circunstancias relativas á la vida de Alberto?.....

GUILLER. Sí.

ELENA. Supongo que mañana, cuando venga, le recibirás, le permitirás defenderse.

GUILLER. El capitán Ardal no vendrá mañana.

ELENA. ¿Se lo has prohibido?

GUILLER. Sí; indirectamente.

ELENA. ¡Ah!..... ¡Ya!..... Paula te ha contado algo en contra suya.

GUILLER. ¡Paula!

ELENA. Ella le conocía.

GUILLER. ¿Te ha dicho ella eso?

ELENA. Cuando le presenté á Alberto, me dijo que le había tratado en Londres. Sí; esto es cosa de Paula. Ella tiene la culpa.

GUILLER. (Con dureza.) No saques consecuencias impremeditadas. Lo principal es que no debes volver á pensar en Ardal. Entiéndelo bien. Felizmente te creo con religión bastante para encontrar en ella consuelo á tu dolor, ¿no es así? No me duele este contratiempo menos que á ti. (Yendo hacia la puerta.) No puedo decirte más.

ELENA. ¡Padre! (Guillermo se detiene á la puerta.) Padre, no tengo madre á quien acudir: necesito hacerte una pregunta, y debes contestar-

me. ¿Lo que has sabido de Alberto, se refiere á la época en que hacía en Londres una vida desordenada?

GUILLER. (Volviéndose despacio y mirándola muy fijo.) Explícate.

ELENA. Alberto ha sido leal conmigo. Un día me confesó lo que es la vida de los hombres solteros, lo que ha sido la suya. Me juró renunciar á mi cariño....., alejarse resignado.....

GUILLER. ¿Y tú?

ELENA. En cuanto yo podía perdonarle, le perdoné.

GUILLER. Y ¿amas á ese hombre?

ELENA. Le he juzgado no más que como desearíamos todos ser juzgados: mentalmente he vivido una semana en la India, cuando Alberto arriesgaba noblemente su vida para salvar la de los suyos: sólo he tenido ojos y pensamientos para aquellas tristes horas, en las cuales se redimía de todas sus culpas..... No, no me cabe duda, Paula te ha dicho algo que es injurioso para Ardal.

GUILLER. ¡Paula!

ELENA. Sí, ella es; no puede haber sido nadie sino ella.

GUILLER. No mezcles á Paula en este asunto. Y ten entendido que mi resolución es inquebrantable. (Va hacia la puerta.)

ELENA. Aguarda, escúchame, porque también yo he adoptado mi resolución.

GUILLER. ¡Ah! Reconozco á tu madre.

ELENA. (Con amargura.) No sé por qué tu cólera conmigo ha de volverse en contra de mi pobre madre. Escúchame.

GUILLER. Mañana, mañana. (Sale.)

ELENA. (Tras una pausa.) ¡Ah, Paula! ¡Paula!

ESCENA V

ELENA y PAULA

PAULA. (Aparece en la terraza y entra después en la habitación. Viene horriblemente pálida y deprimida, con el cabello un poco en desorden. Habla sordamente.) ¿Qué?

ELENA. ¿Nos escuchaba usted?

PAULA. No, no escuchaba.

ELENA. Sí; lo he visto. Y usted ha sido quien ha hablado á mi padre mal de Alberto. ¿No es verdad? ¿Por qué no lo confiesa usted?

PAULA. ¿Yo? ¿Por qué he de confesarlo?

ELENA. ¡Ah! ¡Qué impaciencia la de usted por hablar á mi padre!

PAULA. No, no he sido impaciente. Le he dado algo que no podía menos de darle..... No, no he sido impaciente. Tú te olvidas de que yo ocupo en esta casa el lugar de tu madre (Elena protesta con el gesto); de que era para mí un deber informar á tu padre de lo que yo..... sabía.....

ELENA. ¿Qué sabía usted? ¿Qué podía usted saber? Cuentos, murmuraciones..... ¿Cómo es posible que usted?..... (Se pára en seco. Se contemplan un momento. Elena retrocede despacio, mirando fijamente á Paula.) ¡Ah!

PAULA. ¿Qué? ¿Qué te pasa?

ELENA. ¿Usted conoció á Ardal en Londres?

PAULA. ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

ELENA. ¡Ah! (Va hacia la puerta. Paula la sujeta por un brazo.)

PAULA. Vas á decirme ahora mismo lo que estás pensando.

ELENA. ¡Ah! (Mirándole á la cara.) Ya sabe usted lo que pienso.

PAULA. ¡Me acusas!

ELENA. No; la acusa su cara.

PAULA. (Voz ronca.) ¿Piensas quizás que soy una de esas..... mujeres.

ELENA. Déjeme usted.

PAULA. Contesta..... Tú me has aborrecido siempre.....

ELENA. Me hace usted daño.

PAULA. Siempre, siempre me has aborrecido. Responde.

ELENA. Pues bien: sí; siempre, siempre.

PAULA. ¿Y por qué?

ELENA. Porque desde el primer momento comprendí quién era usted. Vi claramente lo que mi padre había hecho.....

PAULA. Falso, mentira, todo mentira. (Obligando á Elena á arrodillarse.) Pide perdón, perdón. (Elena da un grito de terror.) Soy una mujer honrada, lo juro; siempre lo he sido; si te atreves á decir otra cosa, mientes, mientes. (Arrojando á Elena violentamente.)

ESCENA VI.

DICHOS y GUILLERMO.

GUILLER. (Entrando.) ¡Paula! (Paula retrocede y Guillermo levanta á Elena.) ¿Qué es esto?

ELENA. (Desmayadamente.) Nada, ha sido culpa mía..... Solo mía.... Padre....., renuncio....., renuncio á Alberto. (Sale sollozando.)

PAULA. Guillermo, tu hija tiene sospechas.

GUILLER. ¿Sospechas?

PAULA. De mí y de Ardal.

GUILLER. ¿De ti y de Ardal?

PAULA. Dice que desde que vino del convento sospechó de mí, que esa fué la causa de su desvío, y que ahora....., ahora ya no duda. (Desfallece, y Guillermo la lleva á la otomana.)

GUILLER. Habrás cometido alguna imprudencia.

PAULA. No, Guillermo. (Desolada.) Lo llevo en la cara; también me lo ha dicho ella.

GUILLER. Si la ha asaltado esa idea, es preciso desvanecerla. (Se sienta y mira con fijeza delante de sí.)

PAULA. ¡Elena! ¡Elena!

GUILLER. Hay que quitarle esa idea.

PAULA. Ella podrá perdonarle á *él;* pero á mí, á mí, nunca, ¡nunca! No habrá quien la arranque esa sospecha, ¿sospecha? No:

habrías de haber visto cómo me clavó su mirada. (Se coge la cabeza. Silencio. Se levanta penosamente y se sienta.) ¡Guillermo!

GUILLER. Sí, sí. (Guillermo, sin mirarla, pone la mano sobre el brazo de ella un momento.) Hay que afrontar la situación cara á cara. Es preciso lograrlo á todo trance.

PAULA. Desde luego ella y yo no podemos seguir viviendo juntas. ¡Hoy, hoy me había besado espontáneamente!

GUILLER. La rogué que fuera cariñosa para ti.

PAULA. ¡Ah! Por eso, por eso.

GUILLER. ¿Por qué la dejaría yo irse?

PAULA. Yo tuve la culpa. Yo lo hice necesario.

GUILLER. Tal vez quiera regresar al convento.

PAULA. (Con miedo.) ¿Preferirías conservarla á tu lado y abandonarme á mí?

GUILLER. ¡Paula!

PAULA. No te asuste el temor de que volviera á ser lo que fuí. No, no podría.

GUILLER. ¡Calla por Dios! Tú y yo somos los que nos iremos de aquí..... Viajaremos; á comenzar de nuevo.....

PAULA. ¡Comenzar de nuevo! No podrás nunca olvidar esta terrible noche y cuanto á ella nos ha traído: Elena, nuestras disputas; Alicia, Jorge y Flora; ¡ese hombre! ¡Qué eterna pesadilla para ti!

GUILLER. Si lo intentamos, podremos olvidar.

PAULA. ¡Olvidar! ¡Olvidar! Y ¿cómo, di, puede uno olvidar?

GUILLER. No preocupándonos sino con lo futuro, no pensando sino en el porvenir.

PAULA. ¡El porvenir! El porvenir sólo es para nosotros el pasado, que vuelve á entrar por otra puerta.

GUILLER. ¡Qué horrible idea!

PAULA. Esta noche lo prueba. Hagamos lo que hagamos; dondequiera que estemos, á todas horas habremos de acordarnos de..... lo que yo he sido..... Convéncete.

GUILLER. Esta noche estamos sobrecogidos; la aparición de ese hombre nos ha anonadado; pero es muy difícil que un caso semejante

se repita: el mundo no es tan pequeño para eso.

PAULA. ¿Que no? No hay en él otras distancias que no puedan salvarse, sino las que nosotros ponemos entre nosotros mismos. Harás cuanto puedas, lo sé; me consta que eres bueno; pero la fuerza incontrastable de los hechos se sobrepondrá á tus propósitos. Fíjate en mis palabras.

GUILLER. ¡Paula!

PAULA. Todavía soy bella, ¿verdad?..... Y todavía soy soportable..... Pero hoy mismo he advertido en mi rostro que empieza á marchitarse, que mis ojos se hunden, que comienza el ocaso. Insensiblemente llegará...... Haré mi camino como las otras..... como las otras. Y entonces, cualquier día, de improviso, la horrible é innegable verdad dará en tus ojos y sentirás hastío y repugnancia.....

GUILLER. ¡Yo!

PAULA. Entonces me verás con los ojos que me ven los demás, no como me ves ahora; con los ojos con que tu hija me ve; con los que las personas honradas miran á las mujeres como yo; y la única arma, mi hermosura, con la que yo podría defenderme, me faltará..... ¿Sabes cuál es el mañana de que me hablas? Ver clarear mis cabellos y enturbiarse mis ojos; deformado mi cuerpo, mis mejillas marchitas; una luz que se extingue, un espectro, un despojo..... Ahí lo tienes, Guillermo, ese, ese es el porvenir..... (Agitándose desesperada.)

GUILLER. (Queriendo consolarla.) ¡Paula!

PAULA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y yo que tanto necesitaba descansar esta noche..... (Inclina un momento la cabeza sobre el hombro de Guillermo, como traspuesta. Luego como herida de una idea repentina.) Yo soy un estorbo.

GUILLER. ¡Paula, por Dios!

PAULA. Sí, sí; yo soy un estorbo. Sobre la tranquilidad tuya, sobre la felicidad de Elena, sobre todos, pesa la maldita sombra de mi

pasado..... Eso es imborrable. Tú, aislado..... Elena..... No, no..... dila que no me odie; yo quería purificarme con su amor; que no me desampare su perdón...., su perdón.....

GUILLER. Sí; su corazón es bueno..... Te perdonará..... (En el parque, de lejos, se oye á Carlos que se acerca entonando una canción.)

PAULA. Ahí viene Carlos. (De pronto) Que no sepa nada..... No quiero que me vea. (Sale precipitadamente con espanto. Guillermo toma un libro de la mesa y finge que estaba leyendo. Carlos entra por la terraza.)

ESCENA VII

GUILLERMO y CARLOS

CARLOS. ¡Hola! He recibido grandes noticias.

GUILLER. ¿Grandes noticias?

CARLOS. Lo de Elena y el capitancito. Ese muchacho es por todos conceptos digno de tu hija. Alicia acaba de referirme su historia.

GUILLER. ¡Maldito sea! (Tirando el libro al suelo.) Sí, sí; le maldigo á él y á todos los de su casta. Acaso me maldigo al maldecirle, por esa vida de soltero, que, yo lo mismo que tantos otros, he llevado..... ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito sea!.....

CARLOS. ¿Qué ha ocurrido, Guillermo?

GUILLER. ¡Paula! ¡Paula!

CARLOS. ¿Qué?

GUILLER. Se encontraron esta noche y..... y..... se conocían. ¡Maldito mil veces! ¡Desdichada Paula! ¡Infeliz, desventurada Paula!

ESCENA VIII

DICHOS y ELENA

ELENA. (Agitada.) ¡Padre! ¡Padre!

GUILLER. ¡Elena!

ELENA. ¡Ven, corre!..... ¡Paula!..... ¡Pronto!.....

¡Pronto! (Guillermo va á salir y Elena le coge por un brazo.) No, no vayas.

GUILLER (Desasiéndose violentamente.) Habla, habla.....

ELENA. Oí la caída, el golpe..... ¡Lo he visto! ¡Es horrible, horrible!

GUILLER. ¡Ah! ¡Dios mío! (Sale corriendo.)

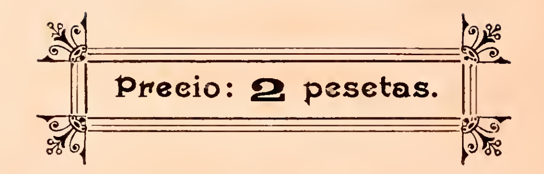
CARLOS. ¿Se ha..... matado?

ELENA. ¡Se ha matado!

GUILLER. (Dentro, con voz angustiosa.) ¡Paula!.. .. ¡Paula! (Telón rápido.)

FIN




Precio: 2 pesetas.